



EL AMIGO DOMINANTE
de mi Hermano

Sexo Duro y Pasión Prohibida

SARA TOLEDANO



EL AMIGO DOMINANTE DE MI HERMANO

Sexo Duro y Pasión Prohibida



Por Sara Toledano

© Sara Toledano 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Sara Toledano.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

I

Salió a la terraza y la encontró desierta. El aire frío de la tarde le hizo dudar por un momento pero ya había tomado la decisión. Apoyó una de sus piernas sobre la mesa de madera que estaba allí y la otra la dejó en el muro no muy lejos de él. Encontró el equilibrio ideal y se sostuvo. Miró hacia abajo y encontró unas pocas personas que hablaban y uno que otro coche que tomaba esa calle para ir hacia la avenida.

Alzó de nuevo una pierna para dejar atrás el obstáculo del pequeño ventanal que emergía del muro no muy alto. Hizo lo mismo con la otra extremidad sin dejar de sostenerse con las manos. Cuando se encontró cómodo, miró sus palmas que estaba sangrando porque, por error, se apoyó con un cactus que tenía cerca. Maldito cactus.

Pero, ¿qué más daba? De todas maneras iba a lanzarse y dejar las vísceras desparramadas por la acera. ¿Qué haría esa gente estaba allí? ¿Habría gritos? ¿Le dolería?

Respiró profundo y el aire frío le hizo doler los pulmones. Se quejó. Llevó la mirada al cielo y había unas cuantas nubes con apenas forma.

-Esta puñetera ciudad ni un cielo decente tiene, joder.

Un policía acaba de salir cuando vio una figura extraña en el tope de un edificio.

-HEY, HEYYYY.

El chico salió de su concentración y notó que un gordo vestido de uniforme le hacía señas desde el suelo. Se veía tan ridículo que no pudo evitar reírse. Sin embargo, dejó de hacerlo. El vacío y el miedo volvieron a él.

El sol cayó y en poco tiempo, aquel policía gordo, estaba acompañado por un puñado más. También estaba un camión de bomberos y un grupo de vecinos bastante alarmados. El chaval alto y flacucho, se moría de frío y hambre.

-Pronto va a terminar todo esto.

Repentinamente, escuchó unos pasos. La imagen de la terraza solitaria quedó en el pasado.

-Hey, chaval. ¿Qué hacéis? Mejor ven conmigo y hablamos, ¿eh?

Apenas lo escuchó. Por culpa suya le había largas al asunto.

-Eh, ven. Seguro tus padres están preocupados por ti.

-No tengo padres. Déjame en paz.

-Vale, vale. ¿Qué ha pasado con ellos?

-No me importa. Déjame en paz.

La voz serena del adolescente tenía desconcertado al policía gordo. En su estrechez de mente, no concebía que los jóvenes fueran infelices. Es más, aquello no existía. Era producto de la televisión. Todo era culpa de la televisión.

Él tanteó con el borde. Se escuchó algo que se rompía y vio como unos pequeños trozos de ladrillo y yeso cayeron lentamente. Fijó la mirada en el descenso pero no oír más necedades.

-Venga, tío. Venga y nos tomamos un café. Hablemos de esto.

-No me gusta el café.

Agudizó los oídos, giró la cabeza y efectivamente había más personas allí. El policía gordo los encabezaba y, al parecer, estaban esperando a alguien más. De seguro algún idiota con intenciones de lavarle el cerebro.

Ya no había cielo para mirar porque todo estaba oscuro. Suspiró y lamentó no tener un cigarro, al menos para disfrutar el sabor amargo de la nicotina.

-¿Quieres?

Volteó con violencia y fue como si le hubieran leído la mente. Alguna mano le extendió una cajetilla con un cigarro sobresaliendo de esta. Dudó por un momento pero las ganas eran demasiadas. Luego de terminar, acabamos con esto.

-Vale.

Era su marca favorita. Sonrió. Colocó el cigarro sobre sus labios cuarteados y se acercó para que lo encendieran.

-Con una noche así hace falta esto, ¿no?

Asintió y exhaló el humo. Sintió un poco cómo le quemaba la garganta.

Cómo le gustaba esa sensación.

-A ver, ¿qué haces en una noche como esta?

-¿Qué haces tú?

-Ja, ja, ja. Bien, haré el intento de que no saltes.

-Suerte.

-Gracias. Pero, ¿me permites una pregunta?

A ese punto del día, el chico accedió. No supo si era por el hambre o por el sueño. O por las dos. Así que asintió y suspiró.

-Todo esto es una mierda. ¿Sabes? Llevo mucho tiempo pensando en esto y creo que es la mejor solución para todo.

El joven policía tomó un envase vacío para dejar las cenizas. Se lo acercó al chico y lo dejó cerca. No respondió inmediatamente hasta que finalmente rompió el silencio.

-Sí. Todo es una mierda. De hecho, me levanté esta mañana y lo único que he visto ha sido algún tío que mató a un grupo de niños porque se levantó con el pie izquierdo o el presidente que dice gilipolladas. Hombre, qué pesao'.

El adolescente estudió la cara del hombre y sintió sincera sus palabras.

-Pero luego veo a mi hijo. Es un chiquillo de seis meses. Gordito y rosado, como un pan. Cada vez que lo veo, me da miedo que crezca en un mundo como este pero luego me doy cuenta que puedo ayudarlo a hacerlo un lugar menos miserable. Mi padre me enseñó lo mismo.

-Suena interesante...

Por supuesto que para él no lo era.

-Lo sé, lo sé. Suena mucho a libro de autoayuda pero es así. Soy un sentimental, qué quieres que te diga.

El chico había hablado más en ese rato que todos esos días. De hecho, se sintió cómodo a tal punto que dejó ese borde para estar al otro lado del muro aunque todavía podía lanzarse al vacío estando allí.

Un segundo cigarro y ya casi eran amigos. Se escuchaban risas aunque los bomberos dispusieron de una gran tela para recibir el chaval por si las cosas

salían mal.

-Mis padres murieron en una redada. Solían lavar dinero. Lo único que tengo en mi mente son los sonidos de las balas y el olor de la sangre.

-Lo siento mucho.

-No te preocupes. Ellos fueron los que decidieron su destino aunque fueron unos ilusos al pensar que quizás se saldrían con la suya, ¿no crees?

El tono sarcástico le valió al policía entender que ciertamente el chico estaba pasando por un momento muy difícil. Años de carrera no fueron suficientes para decir las palabras correctas. Simplemente no las había.

-Estoy cansado de eso. Me duelen las piernas, tengo hambre y quiero dormir.

-Aquí hay cerca un lugar que preparan unas hamburguesas deliciosas y si eso no te llama la atención, pues el café también es estupendo. ¿Qué dices? Yo pago.

Le vio el brillo de esperanza en sus ojos y le esquivó la mirada. Volvió a concentrarse en el horizonte. Tiró la colilla por los aires y el destello de naranja dibujó un patrón casi dulce en el aire.

-Lo siento.

-NOOOOOOOO.

Cerró los ojos. Sintió su cuerpo más pesado y más rápido. Ese micro instante se sintió fascinado por la gravedad y esas clases de física las cuales no les prestó atención. Fue como imaginó.

Max quedó inconsciente antes de rebotar contra la gran tela gruesa que los esperaba. Los bomberos, cerca de una veintena, lo dejaron despacio en el suelo y luego lo tomaron para llevarlo en una camilla. Tenía síntomas de shock. Lo último que recordó fue el sonido de las sirenas.

El chico pasó varios días en el hospital. Aunque no sufrió ningún golpe o herida, no había despertado desde el momento en que ingresó.

Despertó un día con el cuerpo cansado y la mente en blanco. La idea del suicidio ya no le bailaba entre las neuronas. Comenzó a desconectarse los tubos y agujas hasta que sintió que alguien se le acercó.

Otro chaval más o menos de su edad. Tan alto como él pero más fornido. Rubio y con los ojos grises más tristes que jamás había visto.

-Me llamo Joe.

-¿Qué quieres?

-Que vengas conmigo.

Max no tenía qué perder. No tenía familia ni amigos, así que todo le daba igual. Removió la última aguja del brazo y buscó su ropa que se encontraba en un casillero. Los dos no decían palabra, era como si más bien se comunicaran de otra manera. Salieron juntos de la sala sin que algún alma lo notara.

Desde ese día, Max se convirtió en un recluta más de una organización criminal por un gesto de solidaridad hacia un chico atormentado. El jefe de ese grupo, era uno de los espectadores que se encontraban el día con él tanteaba con la idea de acabar con su vida.

Pensó que le faltaba más bien enfocar la mente y que un trabajo era la mejor opción. Por eso, envió a Joe para invitarlo a formar parte de la organización. Esperó ansiosamente hasta que el chico pudiera recuperarse.

Al asomarse ese recuerdo, Max ríe para sí mismo. Su imagen de chaval flacucho flaco y alto, con ojeras y desesperanzado le hizo pensar en lo mucho que había cambiado. Se levantó de la silla para servirse un trago. Aunque el cielo de la noche se veía despejado, deseaba quedarse en ese lugar cálido por un rato más.

Max ya no tenía la expresión de miedo o cansancio que alguna vez tuvo. Su cuerpo también dio muestras de cambio. Ahora era mucho más alto, de contextura fuerte, el cabello largo hasta las clavículas, la barba de tres días y los ojos azules con aire ausente.

Los años le quebraron la inocencia y le forjaron el carácter. Se volvió más distante pero también más eficaz a la hora de hacer su trabajo. Así fue que se convirtió en el sicario más letal de la organización. Incluso, llegaron a describirlo de “pura voluntad y concentración”. Por lo que no era buena idea cruzarse en su camino. Gracias a su temperamento frío y controlado, era capaz de manejar cualquier inconveniente e imprevisto.

Caso contrario a Joe. De hecho, él se volvió volátil, mujeriego y predecible. Dos puntos débiles que le jugaban en contra en cualquier

situación. Por suerte, la amistad con Max le ayudó a centrarse más en las misiones que le correspondían.

A pesar de ser dos personas opuestas y con pasados tan diferentes, habían encontrado la forma de ayudarse y apoyarse mutuamente.

II

Max era prácticamente una especie de sombra. No tenía identificación alguna más allá que su nombre y sus gustos eran más bien reservados. Le gustaba hacer paseos en motocicleta y solía estacionar en una colina para fumar un pitillo y bajar hasta su apartamento. No le gustaba beber ni enredarse sentimentalmente. Su poca capacidad emocional no le daba lo suficiente como para hacerlo. Sin embargo, él tenía un detalle mucho más oculto que lo demás.

Descubrió que era Dominante un día que tuvo un encuentro sexual con una de las chicas que frecuentaba el grupo. Ella no paraba de mirarlo y él no sabía cómo responder ante las insinuaciones. Aún era un chaval que no sabía muy bien qué hacer con su vida.

Mientras todos estaban sentados jugando póker, Max salió a fumar para despejarse la mente. Estaba inmerso en la nada cuando sintió la mano cálida de una rubia tan alta como él. Tenía puesto un muy seductor vestido rojo que cubría parte de sus muslos a duras penas. Un escote profundo que dejaba ver sus grandes y redondos senos y una sonrisa que lo aplastó en un primer momento.

-¿Por qué tan solo?

-Me gusta estarlo.

-¿De verdad?

-Sí. A veces es bueno estarlo.

-Tienes razón, allá hay mucho escándalo y apenas podía tolerar el ruido.

Max comenzó a sentirse nervioso, por lo general no tenía una conversación muy extensa con nadie y menos con una mujer. Ella, sin embargo, siguió interesada en él a pesar de la actitud fría y distante.

Dio un paso hacia adelante y él percibió el aroma de su cabello y cuello. Era frutal y cítrico. De cerca pudo observar el color de los ojos así como la forma de sus labios. Se veía dulce y también muy sensual.

-¿Por qué no me invitas un trago?

-V-vale. ¿Qué te apetece?

-Esto...

Con sus finos dedos, rozó la mano de Max la cual sostenía una botella de cerveza. Cedió y la observó cómo bebió. Quedó atontado con la gracia con que lo hizo.

-¿Vives aquí?

-Oh no. A unas cuantas calles de aquí.

-¿Por qué no vamos a tu sitio? Podríamos estar un poco más tranquilos, ¿no crees?

Después de tomar un gran trago de cerveza, asintió.

Los dos entraron a la sala. El olor a habanos, licor y perfume barato hicieron que el ambiente se volviera denso y hasta difícil de respirar. Las miradas de los asistentes quedaron fijos en el chaval tímido y la mujer que iba con él. Rieron un poco. En ese instante, Max sintió la urgencia de enterrar la cabeza en el suelo.

-Mucha suerte, tío, porque esta mujer acabará contigo.

Ella, de pie junto él, le tomó la mano y le hizo un guiño. Por un momento tuvo una expresión de disgusto que supo disimular muy bien.

Salieron entonces y el frío se sintió casi de inmediato. La mujer tomó su abrigo y él se colocó la chaqueta de cuero. Avanzó unos cuantos pasos y ella lo observó desde lejos. Sí, era tímido pero vaya que era atractivo, aunque quizás no estaba muy consciente de ello.

El sonido de los motes de la moto, la emocionaron e inmediatamente rodeó su torso con sus finos brazos. Max se sintió como el hombre más poderoso del mundo.

No pasó mucho rato hasta que llegaron a la casa de este. Se trataba más bien de un pequeño edificio con seis pisos. Aparcó al frente y ayudó a su acompañante a bajar. Al darse cuenta que no sabía su nombre, tomó un poco de valor para preguntarle.

-Sé que eso sonará un poco tonto pero no sé cómo te llamas.

Ella sonrió y lo miró fijamente.

-Como das buena vibra te diré mi verdadero nombre pero eso sí, que

quede entre los dos, ¿vale?

-Vale.

-Laura. Soy Laura.

A pesar de quedarse en silencio, no se sintieron incómodos.

-Venga que está haciendo frío.

Laura miró de reojo a Max. No le pareció bruto ni tosco como los demás. De hecho, percibió nobleza y sinceridad de su parte. No obstante, tenía que guardar cierta distancia porque así son los chicos de la mafia.

La entrada era limpia y ordenada. No había lujos pero eso era un mínimo detalle. Estaba allí para tener un poco de sexo y listo.

Max, mientras tanto, se sintió más ansioso que nunca. Sus experiencias pasadas le resultaron frustrantes básicamente porque no se sentía completamente cómodo. Algo dentro de él le pedía tener el control de la situación, algo que le hacía pensar en la urgencia del poder. Pero ese concepto abstracto no se terminaba de aclarar por lo que trató en lo posible de evitar cualquier tipo de relaciones. Esta, sin embargo, era una clara excepción.

Después que las puertas de los elevadores se abrieran, él avanzó por un pasillo con luz tenue. Laura estaba un poco asustada a pesar de ser una mujer que había experimentado cualquier tipo de situaciones. Se relajó un poco cuando lo vio sonreír.

Luego de hacerle un truco a la cerradura oxidada, Max abrió la puerta. Su piso era mínimo y oscuro. Además, tenía una decoración bastante frugal. Un sofá y un sillón de cuero gastado, una lámpara alta y un triste afiche de The Doors que más bien parecía tapar algún desperfecto de la pared. Sin embargo, todo se veía ordenado. No había ropa ni basura.

-¿Quieres algo de beber?

-Sólo agua, por favor.

La cocina era abierta y con un aspecto un poco más moderno. Laura aprovechó los minutos a solas para pasearse un poco por el lugar. Le pareció graciosa la ausencia de decoración pero encontró la razón por la cual él se decidió por un lugar como ese. Había una serie de ventanales cuya vista daba hacia una colina y, desde allí, era posible ver gran parte de la ciudad.

Ella se acercó un poco y pudo ver las minúsculas luces que brillaban. Estaba encantada. De repente, sintió la presencia de él detrás.

-Aquí tienes.

-Gracias.

Tomó el vaso de manera tal que quedaron de frente. Laura bebió sin dejar de verlo. Sus ojos eran penetrantes aunque aquello no intimidaba a Max. Más bien le hacía sentir que estaba muy cerca de dejar libre ese animal que vivía dentro de él.

Se acercó a ella con actitud segura, apartó el vaso de su mano y fijó la mirada en sus labios carnosos. Finalmente, la besó y ella internamente agradeció que finalmente se rompiera la tensión.

Laura rodeó el cuello y parte de los hombros de Max. Él tomó su cintura llevándola hacia su cuerpo. Sintió el calor y la suavidad de sus pechos.

El beso se volvió más intenso y fuerte por lo que se detuvo un momento, sostuvo su mano y la llevó hacia la habitación. Laura lo siguió y se encontró con un espacio grande y con una cama que se veía cómoda.

-Antes, debo decirte algo.

La expresión de miedo y sorpresa le hicieron acotar rápidamente lo que quería terminar de decir.

-Me gusta tener el control aunque, si te soy sincero, no lo he hecho como tal aunque siento que estaría siendo franco contigo si oculto algo así. No puedo más... Sin embargo, entenderé si esto es extraño para ti. También lo sería para mí.

Laura siguió observándolo y luego asintió.

-Claro que entiendo. Entonces, haz conmigo lo que quieras.

-¿Estás hablando en serio?

-Claro que sí.

Se sintió emocionado pero también desconcertado. Tenía una oportunidad de oro pero no sabía por dónde empezar.

Como si estuviera leyendo su mente, Laura lo besó para que él se dejara llevar y así pudieran continuar con lo que hacían en la sala.

En efecto, Max experimentó una especie de calor que parecía nacer en el centro de su cuerpo. La tomó entre sus brazos con una fuerza impresionante. Tanta que hasta ella pareció impresionada pero recordó las palabras que le había dicho. Ahora sólo quedaba entregarse a él por entero.

Llevó sus manos hasta sus nalgas apretándolas con intensidad. Su lengua fue dentro de su boca y, de vez en cuando, sus dientes mordían sus labios. La tocaba y manoseaba a su antojo por lo que comenzó a sentir confianza de verdad. Aquella timidez quedó borrada de la faz de la tierra y la evidencia era esa especie de fuerza que emanaba de sus ojos azules.

Laura no supo en qué momento él le quitó el vestido pero si sintió cómo su cuerpo era guiado hasta la superficie mullida de la cama. Sus pechos quedaron liberados de la prisión de la ropa y su entrepierna, cubierta por el encaje de los calzones, desapareció apenas sintió los dedos de Max que lo buscaban para quitarlos del camino. Rió un poco. El chaval encorvado se había transformado en una especie de bestia.

Él, sumido en su nueva identidad, tomó las muñecas de la chica para colocarlas sobre su cabeza. Volvió a besarla y pensó que sería buena idea estimularle el clítoris. Quería ver qué tanto podía resistir aquello.

Primero lo hizo suavemente y sintió cómo el cuerpo de ella se retorció un poco. Los gemidos trataban de escapar de su boca. La firmeza que ejercían sus extremidades lo acercaron a lo que siempre quiso.

Eso, sin embargo, fue el principio. Max se alzó sobre la cama y le hizo un gesto a ella para que lo siguiera.

-Arrodíllate.

El tono de voz que empleó para decirle esas palabras la desconcertó un poco, pero también la excitaron. Hizo lo propio y esperó a lo próximo que haría él.

De pie, Max se quitó la chupa y la franela que tenía. Dejó al descubierto la definición de los abdominales y los músculos, lo que dejó en evidencia que era alguien que se preocupaba por su salud.

Bajó el cierre y desabrochó lentamente el botón de su pantalón, para luego apartar la prenda con los pies. Quedó completamente desnudo frente a ella.

Laura pudo ver el tamaño y el grosor del pene de Max. Se veía

simplemente exquisito. Aquellas venas, el color bronceado de la piel que lo hacía ver como un dios. Estaba impresionada de lo hermoso que era.

Él se echó el cabello hacia atrás y llevó la mirada hacia ella.

-Chúpalo.

Apenas terminó de escuchar estas palabras cuando abrió para dejar salir la lengua y comenzar a lamer el pene de él. Primero el glande y luego descender por el resto del cuerpo. Lo hacía lentamente porque le gustaba y porque quería saber si ese era el ritmo que él deseaba.

Max hizo unos cuantos gruñidos. Con una de sus manos, tomó la cabeza de Laura para hacerla tragar más. Ella se apoyó entonces de las piernas fuertes de él. Sí. Lo tenía más dentro de su boca que incluso llegó a sentirlo hasta la garganta. Iba hacia adelante y hacia atrás. Lento y rápido. Los movimientos le hicieron sentir más y más desesperado por penetrarla.

Hubo un momento en el que escuchó cómo ella se atragantaba con su pene y decidió sacarlo de entre sus labios. Observó los deliciosos hilos de saliva que caían sobre sus rodillas y parte de sus pechos.

Sus pechos, grandes redondos, con los pezones rosáceos y erectos. Se tambaleaban con ese mismo movimiento de cuerpo y cabeza de ella. Ese mismo que también lo tenía hipnotizado. La hizo levantarse para volver a dejarla sobre la cama. Fue hacia a ella como un animal con ansias de devorar su presa.

Su boca y sus manos fueron directamente sus pechos. Los tomó con fuerza mientras los lamía y los mordía. Laura, mientras, parecía perderse en ese trance de puro placer. Acariciaba el cabello de ese semental.

Siguió haciéndolo hasta que no pudo más, volvió a alzarse pero esta vez con la intención de follarla. Tomó un par de dedos y los introdujo en el interior de su coño húmedo. Masturbó un poco hasta que tomó parte de esos flujos para mojar el glande que ya estaba a punto de explorar. Le sonrió y la penetró haciéndola gritar.

Las manos de Laura se aferraron a las sábanas, tanto que sintió por un momento que sus uñas reventarían. El sentir la carne de Max dentro de ella fue una sensación fuera de este mundo. Empujó su pene de manera decidida hasta que finalmente lo hizo por completo. Permaneció un rato allí y luego comenzó

a moverse con intensidad.

Ella mantuvo los ojos cerrados y la boca abierta porque tenía unos cuantos gemidos que no podían salir debido a lo que estaba sintiendo. Era mucho más de lo que pudo imaginar alguna vez.

Esto, además, le sirvió de oportunidad para que él pudiera tomarle el cuello y apretarlo un poco. Por un momento dudó de esta estrategia pero era demasiado tarde para echarse para atrás. Estaba demasiado excitado y demasiado poseído por ese espíritu insaciable de poder y control.

Sonrió para sus adentros cuando notó el entusiasmo de su compañera y cuando, además, volvió a moverla como si nada para que esta quedara en cuatro.

Observó sus nalgas por un momento. Redondas y firmes, como una fruta jugosa. Tampoco pudo resistirse ante esta imagen y le propinó unas cuantas nalgadas. Su intención, al principio fue el hacerlas con suavidad pero no pudo. Fueron fuertes e intensas... Y deliciosas.

No pasó mucho tiempo después para que volviera a penetrarla. Se sostuvo de sus caderas y las embestidas fueron más rudas que al principio. Sin embargo, en un momento en el que quiso ir un poco más allá, comenzó a masturbarla al mismo tiempo que la follaba. Laura sintió que todo se volvió oscuridad para dejarse vencer por un intenso orgasmo.

Max se sintió sorprendido pero no pudo concentrarse demasiado en esto porque explotó sobre la espalda suave y blanca de Laura. Fue tan increíble que perdió las fuerzas de sus piernas y cayó sobre ella. Ambos, en ese momento, comenzaron a reírse como si fueran unos niños.

Minutos más tarde, luego de limpiarse un poco. Ella se quedó rendida junto a él y Max consideró la idea de encontrarle una definición a lo que acababa de experimentar.

III

Laura y Max estuvieron juntos en secreto por un tiempo. De hecho, los dos desarrollaron una relación Dominante /sumisa a raíz de las investigaciones de Max. Él, además, sintió un enorme alivio al darse cuenta que había una definición a algo que siempre vivió dentro de su cuerpo y mente.

Aunque los experimentos que hacían los dos los hicieron experimentar sensaciones en todos los niveles, tuvieron que terminar la relación. Laura quería un compromiso serio y dejar de jugar a las escondidas. Max, por otro lado, estaba concentrado en seguir escalando en la organización para ganar más poder y dinero. Era obvio que los dos estaban en direcciones opuestas.

A pesar de la sensación amarga de la separación, Max logró recuperarse con rapidez. Incluso no pensó más en mujeres porque representaban un problema para él. Sin embargo, nunca imaginó lo que le sucedería.

Él y Joe formaron parte de un grupo que estaba organizando el robo a uno de los bancos más importantes del país. A pesar de las protestas y argumentos de Max en contra de la idea, la operación siguió su rumbo.

Joe estaba flipando con lo que haría con el dinero, incluso ya fantaseaba con la idea de ir de vacaciones a una isla del Caribe y comer langostas con champaña.

-Sí, tío. Lo tengo todo aquí, planificado. Después tomaré unas merecidas vacaciones con Sara.

Max nunca escuchó el nombre hasta ese momento.

-¿Sara? ¿La nueva conquista del mes?

-Venga ya, tío. Esto es diferente. Verás, Sara es una tía inteligente y hermosísima. A veces me pregunto cómo hice para estar con una mujer así... Aunque le falta poco para la mayoría de edad.

El resoplido de Max hizo que Joe se enojara un poco.

-Le falta poco, eh. Tampoco es para exagerar. Además, la ves y nunca se te cruzaría por la mente que es...

-... Una adolescente- Se animó a responder con desdén.

-Vale. ¿Qué tal si te la presento un día de estos? Es más, mañana en la noche los chicos se reunirán a jugar póker. ¿Por qué no vas y así la conoces de una vez?

-Ya veremos...

Taciturno como siempre, Max dejó de hablar del tema porque le pareció aburrido. No pudo creer que su amigo se metiera en camisa de once varas por una chiquilla. Por más que pensaba en el asunto, más le indignaba. Por lo tanto, pensó que lo más sano sería dejarlo hasta allí y concentrarse en los puntos débiles de la operación que se haría en los próximos días.

Las insistencias de Joe y las de otros de sus compañeros fueron demasiadas para la poca paciencia de Max. No opuso más resistencia por lo que se encontró un viernes en la noche preparándose para esas tediosas reuniones de juego.

Un par de jeans oscuros, una camiseta negra y la chupa de cuero del mismo color. Ese era su uniforme que de hecho variaba muy poco por cuestiones de practicidad y comodidad.

Tomó las llaves del piso, no el mismo en que llevó a Laura la primera vez, y salió con tranquilidad puesto que no había necesidad de apuro.

Encendió la motocicleta y dio un par de vueltas como para hacerse la idea de que tendría que tener contacto social. Aunque eso lo hacía sentir un poco incómodo, no estaba mal que de vez en cuando hablara con la gente.

El centro de reuniones era un bar irlandés en el centro de la ciudad. El grupo lo reservó para que sólo los miembros pudieran asistir. Max aparcó un poco lejos de la entrada porque todo estaba repleto.

Caminó entonces, tocó la puerta y enseguida escuchó el sonido de las carcajadas y de los vasos y botellas sonando entre sí.

-¡Eh, tío! Finalmente has venido, eh.

Estrechó unas cuantas manos, conversó ligeramente en un par de grupos y luego se sentó en el bar. Para ser sincero, estaba bastante impresionado con el lugar porque no parecía un basurero sino más bien lucía como un sitio agradable y perfecto para pasar el rato.

Justo en el momento en el que iba a tomar la cerveza fría, sintió la mano

pesada de Joe sobre su hombro.

-No puedo que estés aquí. Esto es como un milagro, eh.

Max quiso saludar hasta que le golpeó la imagen de una chica que estaba junto a Joe. Era alta, blanca, de ojos negros almendrados y el cabello muy corto pero con el flequillo que tapaba la frente. Tenía un vestido negro y tacones los cuales le hacían ver aún más alta. Ella permaneció detrás de Joe con la expresión tranquila.

-Ella es Sara, mi novia. Recuerdas que te hablé de ella, ¿verdad?

La mano de Sara se encontró con la de Max. Ambos se miraron fijamente como si todo los demás hubiera desaparecido de la tierra.

-Mucho gusto, Max.

-El placer es mío.

Tenía la voz un poco grave y segura. Le pareció extraño que una chica de su edad no se sintiera intimidada al verse rodeada de tipos rudos pero ya después haría tiempo para investigar más al respecto.

-Mi amor, espérame en la mesa de allá, ¿sí? Tengo que hablar un momento con Max.

-Vale.

Dirigió una última mirada Max y caminó hacia el sitio sugerido.

-Venga, ¿qué te parece?

Él tuvo que hacer un esfuerzo para no desbocarse. Era obvio que la encontró atractiva. Bien, más que atractiva. Ciertamente tenía la apariencia de alguien mayor pero no lo era. Para peor, estaba con su amigo así que tuvo que reprimir cualquier instinto que lo delatara.

-Tenías razón. Es muy mona.

-Te lo dije, eh. Es una belleza.

-Ya lo creo. Cuéntame algo, ¿cómo la conociste?

-Es hija de uno de los proveedores del grupo. La vi un día cuando hacíamos negocios con el padre. Me dejó boquiabierto.

-No lo dudo. ¿Él sabe lo de ustedes?

-Por supuesto que no. Me mataría. Aunque, siendo sincero, no me importa. Es una mujer increíble.

-¿De verdad piensas eso?

-Sí. ¿Sabes? Sé que es muy pronto para decirlo pero así es, así lo siento. Es como si ella me hiciera mejor persona. –Quedó un momento en silencio hasta que continuó- De hecho, pienso retirarme después de lo del banco. Así tendré dinero suficiente para que los dos nos vayamos de aquí.

-Pe-pero si es una menor, Joe. Piensa un poco, hombre.

-Eso lo tengo cubierto, tío. No soy tan tonto.

Le hizo un guiño y trató de tranquilizarse por su amigo. Sin embargo, tenía la sensación de que las cosas no saldrían bien.

La noche transcurrió entre cartas, pool, cervezas y pitillos. Entre toda la bruma del lugar, los ojos de Max y Sara se buscaban y se encontraban. Cualquier oportunidad era ideal para hacerlo.

-Me voy. Gracias, muchachos. Ha sido una noche estupenda pero estoy molido. Además, tenemos que prepararnos para el gran evento.

Todos alzaron botellas y vasos como señal de brindis y que habían entendido la señal de que era mejor el vicio para otra ocasión. Antes de salir, dio un último vistazo al local. Encontró a su amigo hablando dulcemente con la chica. Esta, le hizo una rápida mirada como queriéndole decir algo más.

IV

Sonó la alarma.

Las 6 de la mañana.

Todavía estaba oscuro cuando Max se despertó. Apagó el reloj y quedó tendido sobre la cama. Miró el techo alto y en ese instante se agudizó el miedo que hacía días estaba sintiendo.

-Tonterías.

Entonces se levantó para tomar un baño.

El piso de otros años no se podía comparar con este. Era un lugar más espacioso y moderno. Incluso, la decoración podía haber impresionado a cualquiera. Ya no había un afiche viejo de The Doors colocado para tapar la filtración, ese problema era inexistente. Ahora las paredes tenían arte abstracto más por una cuestión de adorno que por gusto propio.

Entró al baño y se miró en el espejo. Notó una arruga en el entrecejo. Sin duda era una mala señal.

Siguió examinándose y notó que en los nudillos aún debía retocarse la tinta de las letras tatuadas allí. Lo hizo en forma para intimidar a quien se atreviera ponerse en su camino.

Buscó el iPod y puso Infected Mushroom. Esa música, por extraño que fuera, lo relajaba y lo ayudaba a concentrarse.

Luego de una ducha reparadora, salió con la expresión de concentración. Tenía que tenerla puesto que el día que tenía por delante era un poco fuerte.

Al terminar de secarse, fue al clóset a sacar la ropa. Jeans, jersey y botas negras. En un bolso que tenía aparte, metió un pasamontañas del mismo color, otra muda de ropa y la Glock 17. Su arma favorita.

Se miró en el espejo y se dijo:

-Nos vemos.

Antes, tomó el móvil y verificó si Joe le había escrito. Nada.

Lograron reunirse en un café frente al banco. Después de varias discusiones, se concluyó que cinco personas eran más que suficiente para la operación. Joe sería el líder así que estaba haciendo toda la logística al respecto.

-Te quiero en la retaguardia, Max. Eres el más habilidoso con las armas.

-Joe, sin muertos. No nos compliquemos más.

-Vale.

-Sin muertos.

-¡Joder! Que sí.

Joe parecía notablemente de malhumor.

-Venga, mejor nos vamos. Tenemos que hacerlo rápido y contundente, ¿entendido?

Todos asintieron y se levantaron tomando sus cosas. Max esperó un momento para hablar a solas con él.

-Tengo un mal presentimiento. ¿Por qué no olvidamos esto? No lo necesitamos.

-Max, yo sí. Ya te dije para qué.

-Por favor, Joe. No exageres.

-Tengo deudas, ¿vale? Y las tengo que pagar rápido. Esto me ayudará.

-¿Por qué no me dijiste antes?

-Porque no quise preocuparte. Lo puedo resolver solo... Eh, es enserio.

Max sacudió la cabeza y quiso adelantarse a él pero Joe lo tomó con fuerza.

-Si pasa algo, cualquier cosa, cuida a Sara.

-¿Pero qué coño hablas?

-Hazlo. Promételo.

-Joder, sí.

-Confío en ti. Sabes que eres como un hermano para mí.

Esas palabras cayeron en él como un peso sobre el pecho. Se abrazaron y cruzaron la calle juntos. El show estaba por comenzar.

El cartel de cerrado cambió por el de abierto así que sería cuestión de tiempo para que llegasen los clientes. Se trató de un día cualquiera cuando un ruido potente seguido de una espesa cortina de humo, dio espacio para que se manifestara una voz de mando ordenando a los presentes a echarse al suelo y que guardaran la calma.

Una de las mujeres encargadas de la taquilla pareció quedarse congelada hasta que empezó a gritar por su vida.

-CÁLLATE, ESTÚPIDA Y ÉCHATE AL SUELO. VENGA, VENGA YA.

Los ojos llorosos de la mujer y el temblor de sus manos dejaban ver el pánico que sentía en ese momento. Aun así, no se movió permaneció de pie.

Joe volvió a gritarse hasta que sintió que no pudo más, sacó una pistola y le apuntó al corazón.

-SI NO LO HACES TE MATO, ¿ENTENDISTE? ÉCHATE.

Max, en vista de la situación, corrió para mediar el asunto pero fue muy tarde. Se escucharon dos balazos y el cuerpo de la mujer cayó pesadamente al suelo haciendo que el resto comenzara a gritar.

-¿PERO QUÉ COÑO HAS HECHO, TÍO?

Joe pareció fuera de sí mismo. Tardó unos segundos en reaccionar y se acercó a su amigo.

-He hecho lo que debía hacerse. Esta golfa me estaba reventando los huevos.

El ambiente se volvió pesado pero el plan estaba en marcha. No había tiempo que perder.

-¿EN DONDE ESTÁ EL GERENTE? VENGA.

Alzó la mano un hombre robusto y muy colorado.

-Llévame a la bóveda o te vuelo los sesos como a tu amiguita. RÁPIDO.

Max seguía vigilante aunque sabía que la policía no tardaría en llegar.

-RÁPIDO.

Su amigo no escuchaba.

Al estar frente a la bóveda, Joe esperó ansiosamente a que la abrieran.

-A DARLE CAÑA, EH.

El pobre hombre nervioso pudo hacerlo y el suspiro de alivio hizo que el alma le regresara al cuerpo... Pero a Joe no. Joe estaba particularmente alterado y Max no sabía qué hacer. En comparación con otros días, ese carácter volátil parecía a punto de ebullición.

Le dio un empujón tan fuerte el pobre empleado que este cayó en el suelo aturcido. Ya adentro, hizo un silbido para llamar al resto del grupo.

-Joder, tío, esto está lleno.

-Apúrense que no tenemos tiempo, la poli está en camino. –La voz calmada de Max tenía un dejo de desesperación.

Grandes sacos de tela negra comenzaron a llenarse con pacas de dinero. La velocidad de los brazos y manos del grupo era como ver un baile en perfecta sincronía. Todos, sin embargo, estaban concentrados menos Max quien vigilaba la llegada de las autoridades.

Ese presentimiento, ese frío de desconfianza se hizo realidad cuando observó el destello de la sirena de una de las patrullas. En ese instante, su mente comenzó a maquinar el plan de escape.

Los ojos se movían con rapidez con el objetivo de detectar las salidas y pasillos que tanto memorizó antes de ese día. Quizás fue el único en hacerlo cosa que tampoco ayudaba mucho en un instante como ese.

-HEY. Basta, mejor síngame que hay una salida lateral y nos dará tiempo para escapar. Venga.

Todos salieron según las instrucciones de Max menos Joe. Hizo caso omiso y siguió moviendo sus brazos con violencia.

-Vamos, tío. Ya está. Ya tenemos suficiente...

Un fuerte ruido seguido por gas pimienta hizo que los dos cayeran al suelo. Max dejó el arma y se concentró en buscar a su amigo.

-VETE, VETE YA. PROMETE QUE LA CUIDARÁS. HAZLO. ARRRGH.

Una especie de mancha gris emergió del humo para tomar el cuerpo de Joe

quien parecía haber perdido la consciencia. Max no dejó de ver a su amigo sobre el suelo de granito y, aunque tuvo el impulso de agarrarlo, sabía que no podría hacerlo.

Como pudo se incorporó y salió hacia la única salida disponible. Al encontrarse afuera, cayó al suelo haciendo arcadas gracias a los gases que había inhalado. De repente, alguien lo tomó y perdió el conocimiento.

Max despertó a los dos días. El abrir los ojos representó también el sentir dolor en el pecho y en las piernas. Escuchó pájaros y que quizás todo se trató de un sueño... Pero no fue así.

Trató de levantarse y sintió el pinchazo de una aguja en el brazo. Trató de enfocar hasta que alguien le habló.

-Quédate tranquilo. Aún te estás recuperando de todo el jaleo.

-¿Joe?

-Ya hablaremos de eso. Descansa.

Volvió a quedarse dormido.

Max fue el menos lesionado del grupo aunque tardó más tiempo en volver a la actividad. Esto se debió principalmente al hecho de que no pudo asimilar cómo su amigo y hermano estaba en la prisión.

Sus superiores, según, insistieron tanto como pudieron para absolverlo pero las evidencias fueron abrumadoras. No hubo un ápice de salvación.

Con esto se convirtió en uno de los líderes de la organización por lo que dividía su tiempo en mostrarse implacable mientras pensaba en Joe. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? Nada se le ocurría.

De repente recordó la promesa que le hizo: el de cuidar a su novia. Aunque la verdad, no sentía mucha inclinación al respecto. Pero en vista de la situación, era una de las pocas que resultarían útiles.

Gracias a algunos contactos, no fue difícil encontrar la dirección de Sara. Sostuvo las instrucciones en su mano y se prometió a sí mismo que lo haría con premura.

Lo cierto es que pasaron varios meses más. El caso de Joe estaba estancado y la organización pareció darle la espalda. Max, por su parte,

decidió visitarlo para verlo y hablar con él.

La cárcel era como un recuerdo lejano para él. Tanto que en ese punto no sabía si se trataba de un momento de su vida que realmente había pasado o una ilusión de su mente. Prefería lo último.

Las rejas se abrieron delante de él y entró con expresión calmada. Durante los juicios recordó escuchar a los testigos hablar sobre un hombre que hizo el intento de calmar la situación pero que no pudo. Se referían a él.

Nadie pudo identificar al resto porque sus identidades estaban protegidas por capas de ropa y por un pasamontañas que habían comprado en una tienda de abarrotes. Le pareció irónico que un trozo de tela era lo que le ayudó a seguir siendo un hombre libre.

Aunque la policía celebró el hecho de capturar a Joe, sus intentos de hacerlo confesar sobre las actividades del grupo fueron inútiles. No hubo trato lo suficientemente atractivo como para hacerlo cambiar de opinión.

-Estúpido. –Se dijo para sus adentros.

Revisaron su ropa y le miraron con recelo los tatuajes de las manos. Él ignoró todo porque lo tomó como una actitud que debían tener los guardias. Siempre en estado de alerta.

Lo dejaron en una habitación con sillas y mesas casi vacía. Sólo estaba una mujer conversando con un tío. La habitación estaba vigilada por cámaras y por más guardias. Sintió que en cualquier momento sufriría de claustrofobia.

El sonido metálico de la puerta lo hizo reaccionar. Las rejas se abrieron y dejaron salir a Joe. Max se levantó con rapidez y sintió la frustración naciéndole en el estómago. Su amigo, su querido amigo, se veía más delgado y pálido. Aquella energía vivaz tan característica de él, abandonó su cuerpo y ahora parecía un zombi.

Trató de disimular y, al encontrarse, se dieron un fuerte y largo abrazo.

-Me hacía falta ver una cara amiga.

-Siento mucho no haber venido antes. Soy un gilipollas.

-Ja, ja, ja. Lo eres.

Le alegró escucharlo reír.

-¿Qué dicen los abogados?

-Que hacen lo que pueden. Ellos piensan que pueden apelar por un episodio de insania. Eso no lo entiendo muy bien pero creo que lo menos mierda es que me ubicaron en una prisión de mediana seguridad.

-Meteré presión.

-No lo hagas. Podrías meterte en problemas.

-Maldita sea, Joe.

-Lo sé. Es mi culpa. Debí escucharte.

Se quedaron en silencio.

-Voy a salir. Lo sé.

Las falsas esperanzas de Joe le hicieron descomponerse aún más. Sabía que no sería así pero no tenía tripas para confrontar la mentira. En ese momento también quiso creerlo.

Hablaron muy poco porque el encontrarse representó el asumir la realidad que tenían frente a ellos. Volvieron a abrazarse y Max salió entre las rejas para encontrarse de nuevo en el dilema.

En la motocicleta, recordó las palabras de Joe antes de irse.

-Cuida a Sara. Es una chica inteligente que merece más que esto. Lo sé.

Sacó la billetera y extrajo el papel con la dirección de la chica. Ya no pudo dar más largas al asunto.

Luego de un par de horas, se encontró en una zona residencial muy agradable. Las calles estaban rodeadas de árboles y arbustos, aceras impolutas y niños corriendo de un lado para el otro. Fachada perfecta para uno de los colaboradores más poderosos de la mafia.

Max aparcó frente a una gran casa de color marfil. La entrada estaba enmarcada con un par de columnas simples y una fuente en el medio. Ese toque de extravagancia típico de los hombres con dinero.

Esperó un poco puesto que no le pareció prudente aparecerse y más cuando no tenía una excusa. En ese momento, vio abrirse la puerta. Se trató de Sara quien tenía una bolsa negra en su mano derecha.

Bajó los pocos escalones de cemento con actitud sombría hasta que se quedó paralizada al ver a Max.

-Hola, Sara.

La voz grave de él la hizo retroceder un poco.

-No vengo hacerte nada. Tranquila.

Su cuerpo se aflojó un poco.

Él la observó desde la motocicleta. Tenía pantalones negros ajustados y una camiseta del mismo color. Unas Converse bastante rotas y unos lentes de sol.

-Lo siento. Desde, bueno... Todos están un poco frenéticos. Apenas pude salir recientemente.

-Entiendo. Estamos pasando por lo mismo.

-¿Lo has visto?

Alzó el rostro y se quitó los lentes. La expresión de cansancio se notó aún más gracias a las ojeras que tenía.

-Sí. Hace poco.

-¿Cómo está?

-Ahí va.

-Siento que tengo la culpa de esto.

-No tiene nada que ver contigo, Sara.

Volvieron a quedarse en silencio.

-A veces tomamos decisiones sin saber realmente las consecuencias.

-Lo sé.

Claro que sabía. Sara era perfectamente consciente del entorno en donde se encontraba. Para ella nada era un misterio.

-He venido para saber cómo estás. Ten, aquí está mi número. Si necesitas algo, llámame o escíbeme. Trataré de ayudarte en lo que pueda.

-Gracias.

Se incorporó y encendió la motocicleta. Ella se echó para atrás. Se despidió con la mano y ya en el camino de regreso, supo que la atracción que sintió la primera vez que la vio, le causaría un conflicto más adelante.

V

Después de dejar la bolsa en el contenedor de reciclaje, Sara volvió a casa. A diferencia de otros días, su hogar siempre permanecía en silencio por el temor de que algo afectara la ingenua sensación de paz.

Aunque el robo fue una catástrofe, el padre de Sara, llamado “El Proveedor”, pensó que era mejor permanecer bajo perfil durante un tiempo. Ella, mientras, tuvo que lidiar la sorpresa del arresto de Joe.

Lo cierto es que el día anterior tuvo una pelea con él. Le dijo que la relación no tenía sentido, que él actuaba como un chiquillo y que estaba cansada de todo. Por supuesto, Joe no tardó en explotar como la bomba que era.

Pasó meses asumiendo la culpa de lo sucedido. Pasó el tiempo convenciéndose que pudo haber hecho la diferencia. Que pudo callarse pero no. Era necesario decirlo.

Se acostó en la cama también con otro pensamiento en la mente: Max. Al verlo sintió como si el suelo se moviera debajo de sus pies. Inmediatamente recordó la primera vez que lo vio. Esa actitud tranquila, fría, sin que existiese algo que lo perturbara, le atrajo de inmediato.

Luego observó sus ojos azules. Al encontrarse, al mirarse, quiso perderse en él. Fue allí cuando supo que debía dejar de tontear con Joe. Y más cuando se enteró que él y Max eran amigos de la infancia. Debía hacer lo posible para alejarse de todo esa situación.

... Pero pasó lo del banco. La muerte. El robo. Estúpido, Joe.

Llevó sus manos a la cabeza. Se frotó el cabello corto con la esperanza que alguna idea se le manifestara milagrosamente. Escuchó entonces el sonido del papel entre sus dedos.

-El número de Max...

“Llámame”.

Claro que lo haría. Tomó el móvil y guardó el número inmediatamente. Caminó de un lado a otro en la habitación hasta que se animó a escribirle.

-¿Nos vemos más tarde?

Lo dejó sobre la cama con la esperanza en el alma.

-Sí. ¿En dónde?

Respondió él.

-Lo tengo... -Se dijo en un susurro.

VI

Max dejó el móvil en la mesa de la sala con decepción de su capacidad de respuesta. Pudo esperar un poco más o pudo decir simplemente que no. Pero qué va. Lo hizo casi inmediatamente. Lo peor, además, es que se trataba de la pareja de su mejor amigo.

Se levantó del sofá y se acercó hacia el ventanal. No tomaría demasiado tiempo, sería un encuentro fugaz. Nada del otro mundo. Así que sí, ya basta de invocar problemas en donde no los hay.

Volvió a la calle dirigiéndose a un café en donde concertaron el encuentro. Mantener la situación a escondidas podía traer consecuencias para ambos así que mientras más transparente fueran las cosas, mejor.

Llegó un poco más temprano y se sentó en una mesa un poco alejada del bullicio. Esto del ruido de verdad que lo sacaba de quicio. Cuando estuvo a punto de arrepentirse, escuchó la campanilla de la puerta. Era ella.

Tenía un vestido negro ajustado de algodón, unas botas planas de gamuza cuya caña le cubría parte del muslo. Se veía altiva, segura y seductora. Ya no tenía la espalda encorvada ni la actitud taciturna. Parecía otra persona.

-¡Hola! Lamento llegar tarde.

-Vale, no hay problema. A ver, ¿todo bien?

-Sí. Sólo quería salir de casa. No aguantaba el ambiente.

-Pareces estar animada.

El tono de reproche la enojó un poco.

-Estar encerrada más de seis meses e incomunicada son el epítome de la diversión. Cualquiera estaría encantada tener el miedo calado en los huesos, ¿cierto?

Sara era una chiquilla pero sabía cómo defenderse con todo. Después de la intensidad de su argumento, sintió el calor en las mejillas. Max se sintió culpable porque aún tenía la imagen malograda de su amigo en su mente.

-Lo siento. Creo que todos estamos un poco preocupados por todo.

Sara se quedó en silencio por un momento, hasta que alzó la mirada para verlo.

-Estaba alegre porque por un momento podía olvidarme lo que estaba pasando en casa.

-¿Has hablado con él?

-No.

-¿Por qué?

Sara no le quiso dar más vueltas al asunto así que confesó la pelea que tuvieron el día anterior del robo. De su boca salió la descripción de la escena, el conflicto y el dolor que sufrieron los dos.

-No sabía lo que iba a pasar después. Lo juro.

Max se quedó pensativo. Eso fue el detonante de aquella conducta errática y sin sentido. Suspiró entre molesto y decepcionado.

-Le dije que no anduviera contigo. Que eso lo afectaría y tenía razón.

Sara dio un resoplido.

-¿Me estás culpando? ¿En serio?

Se sintió herido por él y era obvio que trataba de defenderlo lo más que pudiera.

-Mejor me voy.

-Venga, venga. Lo siento, Sara. Soy un bruto para las relaciones.

-Ya me di cuenta.

Volvió a sentarse a regañadientes y con la mirada fija a la mesa de madera. El café quedó, con el paso de la discusión, quedó repleto de gente y de sonrisas, de celebraciones y de conversaciones alegres. Sólo dos personas estaban lamentando la suerte de estar allí.

Pasó un rato más hasta que volvieron a dirigirse la palabra. Aunque, a pesar de la tensión, de la dureza en el trato, la química que sentían era imposible de negar.

-¿Quiere tomar algo?

-Creo que necesito algo más fuerte. –Respondió ella con tono aliviado.

-Ven, aquí hay un bar que creo que te gustará.

Dejaron la mesa y caminaron unas cuantas calles hasta dar con una estrecha puerta. Al abrir, se encontraron con un gran espacio. La barra, por otro lado, era amplia y con una superficie suave. Se sentaron en un par de bancos y agradecieron el estar en un lugar menos ruidoso.

-Mucho mejor, eh.

-Sin duda.

Dos vasos de Bourbon y unos cuantos cubos de hielo. Suficientes para romper la tensión y volver a empezar.

-¿Tuviste problemas en llegar?

-Digamos que más o menos. Antes hubiera sido imposible. ¿Cómo están las cosas en el grupo?

-Iguales. Manteniendo el bajo perfil.

Continuó la conversación pero con un tono más relajado. Ya no hubo necesidad de hacer comentarios fuertes ni cargados de sarcasmo. Tanto Max como Sara conversaban casi alegremente.

El alcohol fluyó unas cuantas horas más. La prudencia de él pudo más por lo que rechazó la seguidilla de vasos. Ella, por otro lado, tomó un poco más. Era obvio que había pasado demasiado tiempo sin saborear un poco de libertad.

-Creo que ya es hora de llevarte a casa.

-Tienes razón. Ceo que estas horas fuera me ayudaron a recordar que todavía tengo algo de vida.

Él esbozó una sonrisa. Sara sintió que hizo un gran logro.

-No puedo creer lo que acabo de ver. El tío más serio que he conocido jamás sí puede sonreír. Qué bárbaro.

-Claro que puedo. No soy una máquina.

-Ja, ja, ja. Tuve mis dudas al respecto.

Max siempre estuvo preparado para las balas y la sangre, para las

órdenes, los puños y el ruido de la sirena. Nació y creció en un entorno que le prometió dolor y pánico. Siempre estuvo preparado para ello pero no para un lado amable de la vida. Joe fue el primer vistazo pero ahora contempló un aspecto muy diferente y que no había visto antes: el de una sonrisa sincera y, de paso, hermosa.

Esta era muy diferente a la que vio la primera vez. Reflejó a una Sara hermosa pero también auténtica, sin el afán de abrirse paso sobre un montón de matones.

Tragó fuerte y peinó su cabello con la mano.

-¿Nos vamos?

-¡Vale!

Saltó del taburete y se incorporó ante él. Se miraron por un momento. Max tuvo la necesidad de besarla hasta que recordó el rostro de su amigo entre las rejas. Se echó para atrás.

Salieron del bar en silencio. Sara estaba un poco mareada pero lo suficientemente consciente de la situación. También lo estaba de la atracción que había entre los dos así que no quería esperar a que él se decidiera.

Se montaron en la motocicleta. Repartieron los cascos y emprendieron el camino hacia los suburbios.

A pocos metros, Max se aventuró en preguntar:

-¿Estás bien?

-Sí... Sólo que esto me pone casi eufórica. Nunca anduve en moto. ¡Esto es genial!

Max volvió a reírse.

Finalmente llegaron a la entrada de la casa. La noche estaba tranquila y fresca.

Sara bajó con la alegría a flor de piel.

-Estuvo genial. Tienes que admitirlo.

Él se quitó el casco. En el proceso ella lo vio y se quedó concentrada en la forma en cómo lo hizo. En el cabello negro, en las manos gruesas y fuertes, en los ojos azules y en ese rostro enmarcado con esa mandíbula cuadrada. Ella

estaba convencida de que lo haría y así fue.

Antes de responder el comentario, él sintió la suavidad de los labios de Sara sobre los suyos. Ella le tomó el rostro con ambas manos mientras que él no supo muy bien cómo reaccionar.

La fidelidad, la lealtad y la promesa que hizo se le mezclaron con el deseo de que ese momento no se acabara nunca. Fue en ese momento en donde sus manos, como teniendo voluntad, propia, fueron hacia su cintura.

Sus bocas se entremezclaron, se unieron, jugaron entre sí. Mordieron los labios y descubrieron que el chispazo que sintieron la primera vez era la premonición de que terminarían así... Aunque claro, esto era sólo el principio.

Max se detuvo. El sentimiento de culpa pudo más y alejó a Sara con un gesto rudo.

-Esto no está bien...

-Lo siento. Es mi culpa.

-No. Yo lo permití.

-Claro que no. Mejor me voy. Gracias por la velada.

Esperó a que entrara a la casa y cayó abatido sobre la motocicleta.

-Esto está mal.

Luego de tragar fuerte, encendió los motores y se fue a máxima velocidad. El viento frío le golpeó la cara desnuda y el pecho. Los ojos le dolían y la boca entreabierta exclamaba maldiciones a sí mismo.

Llegó a edificio en medio de los nervios y la ansiedad. Recordó el aroma de Sara, sus labios, la sonrisa, la cintura y esas piernas largas. Cada detalle alimentó aún más el deseo que sentía por ella.

Subió los escalones de la entrada con rapidez, sacó la tarjeta magnética para abrir las puertas y fue directamente a las puertas de los elevadores. Llevó sus manos a su cabeza hasta cubrirla por completo.

Sin embargo, la vergüenza que sintió quedó desplazada por la lujuria de ese beso, de esas curvas, de esa mirada inocente y sexual. Así que pues que de repente sintió cómo su entrepierna se endureció.

Llegó al piso y sacó las llaves. El temblor de sus manos le impidió hacerlo

como de costumbre.

-Joder. VENGA.

Abrió y dio un portazo. Caminó unos cuantos metros. Pensó en su amigo y en esa mujer que debía proteger. Le resultó cómico que después de hacer tanto reproches, fuera capaz de sentirse así por ella.

-No puedo. No puedo. Es mi amigo, por Dios.

¿Pero qué más daba? Estaba seguro que no lo soltarían, al menos no pronto. Esos pensamientos daban vueltas una y otra vez. Hasta que, finalmente, mandó al diablo todo lo demás.

Lo cierto era que estaba excitado. Mucho, la verdad. Sintió como esa fuerza animal salía de su cuerpo. Fue allí cuando comenzó a desvestirse con violencia. La ropa cayó en el suelo como si resultara una molestia. Entró en la habitación con la respiración agitada y con la mente repleta de Sara.

Se echó sobre la cama y notó lo duro que estaba su pene. Tan duro que estaba en un ángulo perfecto de 90°. Su lado animal pudo más que él y comenzó a masturbarse con fuerza.

Cerró los ojos para concentrarse en ella. En su perfume, en el andar, en la mirada lasciva que se entremezclaba con otras cosas que le resultaron igual de excitantes.

La vio con ese par de botas altas que se veían como una caricia a sus largas piernas. Imaginó que las tocaba lentamente para luego abrirlas de par en par. Sus manos irían hacia arriba para descubrir qué habría entre ellas. Al encontrarse con el lugar indicado, sus dedos rozaron su coño caliente. No tocarla sería un pecado.

Introdujo sus dedos y sintió el calor de sus carnes. Una sensación que fue más allá que cualquier fantasía que pudiera imaginar. Aquello era comparable con los gemidos que hacía. ¿Cómo sonarían? ¿Serían tan suaves como su voz? ¿O intensos? Podría pasar un buen rato imaginando cómo sería todo aquello.

Luego de tocarla hasta hallarse satisfecho, su fantasía fue un poco más allá. La vio acostada en su cama, con las piernas abiertas y con la expresión de urgencia. Esa urgencia que clamaba tenerlo dentro de ella.

Pero todavía no. Aún no. Primero tendría que torturarla un poco, así que lo

haría con un fuste. La punta de cuero serviría para estimular su clítoris. Un primer impacto, corto, contundente. Luego otro. Y luego otro. A ese ritmo, aumentó la intensidad hasta que la encontró con los ojos llorosos.

-Pero, pequeña, si aún no termino contigo.

Los azotes se reubicaron en sus muslos finos y delicados. Cada golpe le volvía la carne roja. El ardor la hizo sentir más excitada porque, por supuesto, a ella le gusta el dolor. Y más cuando se conjuga con el placer.

La volteó, la colocó en cuatro y vio la perfección de su trasero. No pudo evitar tocarlo y sentir la firmeza de los mismos. Acercó su boca y los besó dulcemente y hasta los mordió. Estaba en el cielo con aquella mujer.

Entonces recordó que su misión era disciplinarla, demostrarle quién era el que mandaba. Así que tomó de nuevo el fuste y le dio más azotes en el culo.

-¿Te gusta? Sí, sé que te gusta. A las ramera como tú les gusta esto.

Sonrió al verla agotada, al verla suplicante por él. En ese instante, soltó lo que tenía en la mano y tomó sus caderas para penetrarla desde atrás.

-Serás mía las veces que me dé la gana. Lo sabes, ¿verdad?

Introdujo su pene con una fuerza tal que la hizo gritar. Pero, claro, no le importó, así que no tardó en hacerle más embestidas intensas. Quería probar su aguante y el deseo. Era obvio que el de él iba más allá de lo pensado.

Continuó haciéndolo hasta que le despertaron las ganas de verle a los ojos. Lo sacó de ella y la colocó con la espalda apoyada sobre la cama.

Ese rostro hermoso tenía sudor y lágrimas. Las mejillas estaban encendidas por la excitación. La acarició suavemente y fue hacia ella. Los rostros de los dos estaban muy cerca y en ese momento la volvió a penetrar como el macho que era.

Primero suave y después más rápido. Más fuerte. Sus manos tomaron el cuello y el cabello, sus labios se juntaron con los de ella, sus ojos azules y los de Sara se fundieron en una sola mirada hasta que, por fin, se corrieron al mismo tiempo.

Max quedó sin respiración por unos segundos hasta que abrió los ojos. Sus manos y las sábanas estaban empapadas de sus líquidos. Le costó creer que había experimentado un orgasmo tan potente.

-Joder.

Su mano cayó cerca de su torso y respiró profundamente. Sabía que debía limpiarse pero no había prisa. Luego de unos minutos de letargo, se levantó con energía y buscó el cesto con las toallitas húmedas. Tomó unas cuantas más para limpiar sobre la cama. Al terminar, volvió a acostarse desnudo para mirar el techo y volver a pensar en Sara.

Recordó la noche que tuvo con ella. Discutieron al principio por lo que nunca se imaginó que terminaría así. Sintió que se le diluía la amistad entre la lujuria que ella le hacía sentir.

Trató de despejar la mente y cerró los ojos.

-Luego me ocupo de esto.

VII

Pasaron los días y Sara no tenía noticias de Max. Cada vez que recordaba el beso que le dio se sintió como una chiquilla. Pasaba del arrepentimiento a la euforia cada tanto por lo que era difícil decir cómo se sentía.

Pero había algo cierto, estaba segura que ella quería estar con él. El sentir sus manos sobre su cintura, el calor de su aliento sobre ella, el destello de sus ojos azules, la suavidad de su lengua que jugaba sin miedo con la suya. Ese instante en el frío de la noche, supo que quería entregarse a sus brazos lo más pronto posible.

En ese tiempo, miraba el móvil sin parar. Lo tomaba, tecleaba algunas palabras y luego lo dejaba por ahí con el deseo de que se le hiciera algún milagro.

Un día se encontraba en la computadora, mirando videos de cualquier cosa cuando escuchó un pitido. Lo ignoró porque podría tratarse de su padre o de alguna actualización de las aplicaciones. Siguió el pitido hasta que lo encontró fastidioso. Tomó el aparato y cambió su expresión de fastidio a sorpresa.

“Hola, espero que estés bien. Me gustaría que nos viéramos pues para saber cómo andas y eso. ¿Qué dices”.

El corazón le latió con fuerza pero sus dedos se movieron con rapidez.

“Sí. Me encantaría. Dime en dónde nos encontramos”.

Esperó un rato hasta quedaron en encontrarse en el parque central de la ciudad. Lugar ideal para ella por si quería llegar en el subterráneo o por la línea de autobuses que pasaba cerca de casa.

Al acercarse la hora, se paró frente al clóset con el deseo de encontrar la ropa que fuera ideal para impresionarlo. Quería impresionarlo.

Sin embargo, sus planes de usar un vestido atrevido se fueron por la borda al darse cuenta del reporte del tiempo. Las temperaturas descenderían un poco más a pesar de que ya era primavera. Sin embargo, haría el mejor esfuerzo en vista de las circunstancias.

Tomó un par de jeans negros desgastados, las mismas botas altas y suéter

tejido color crema con el hombro al descubierto. Arregló su cabello y se pintó los labios de rojo para mayor impacto. Se echó un último vistazo en el espejo y se encontró conforme con el aspecto.

Tomó el bolso y esperó a que el ánimo fuera tranquilo. Al salir de la habitación, su padre estaba en la sala viendo televisión con un vaso de whiskey en la mano. Tenía los ojos concentrados en la pantalla. Lo miró por un rato hasta decidirse ir a la puerta. En ese instante tuvo el deseo de no volver jamás.

Efectivamente, hizo el frío que esperaba así trató de apretar el paso para llegar a la parada más cercana y así tomar el tren. Aunque era una chica acostumbrada a los lujos de todo tipo, estas situaciones no le resultaban intimidantes.

Sara tenía la cualidad de adaptarse cuando fuera necesario. Esto lo aprendió de la vida agitada que le tocó vivir. A pesar de los esfuerzos de sus padres por mantener el secreto de aquella doble vida, siempre supo a lo que él se dedicaba. Aun sí, guardó silencio para que la armonía familiar no se destruyera.

El día de la discusión, supo que Joe estaba involucrado en una serie de negocios complejos y sumamente peligrosos, más de lo que estaba. Así que tomó la decisión de dejar ese asunto a ese punto para protegerse a sí misma y los suyos. También se animó a pensar en elaborar un plan de escape al otro lado de la tierra... Pero no contó con un detalle, conocer a Max.

Vivir rodeada de chicos malos lujuriosos la convirtieron, de alguna manera, en una chica precoz. Se saltó años de juegos de muñecas y risas inocentes, para cambiarlas por la agudeza de alguien mayor. Esa misma que le permitió infiltrarse entre los círculos importantes de la mafia. Así le sirvió a los propósitos familiares.

Ahora con 18 años tenía un poder importante de decisión. Sin embargo la balanza estaba inclinándose a favor de Max.

Bajó para fundirse con el mar de gente que se dispuso a entrar a una de las estaciones del subterráneo. Como era fin de semana y el destino era un lugar bastante concurrido, tuvo que manejarse con flexibilidad entre los cuerpos.

Tiempo después, se encontró con la animosidad de la ciudad. Las luces brillantes, el tráfico, la gente caminando por las aceras. Aunque le gustaba la

tranquilidad del suburbio, no podía esconder la fascinación por el ambiente urbano.

Caminó unas cuantas calles para encontrarse con el parque. Había un grupo de niños cantando, gente paseando a sus perros y algún instrumento musical que sonaba a lo lejos. El ambiente se sentía ligero, para variar.

Se sentó en un banco a esperarlo, por un lado quería que se tardara un poco para así prepararse un poco mejor pero de a ratos sentía la urgencia de verlo. En medio del dilema, una sombra se acercó por detrás.

-Hola. Disculpa la demora. Olvidé que estos días son una mierda para encontrar un sitio para aparcar.

Se sobresaltó un poco hasta se rió por el nerviosismo. Él al verla así, sonrió un poco.

-Vale, ¿todo bien?

-Oh, sí, sí. Lo que pasa es que tenía la mente en otro lado y bueno, me sorprendí un poco. Ja, ja, ja.

-Vale. ¿Tienes hambre? ¿Se te apetece algo?

-Sí, ¿qué te parece si vamos a Moshi Moshi? Hay uno por aquí cerca.

-Vale, vamos.

Se levantó del banco con entusiasmo y también con la imagen de él sonriéndole. No sabía cómo era posible ser más guapo pero al parecer eso no era problema para Max.

Atravesaron el parque y tomaron un camino que los llevó hacia uno de los barrios más populares para comer. Aunque él no era muy amante de los espacios concurridos, curiosamente no se sentía incómodo.

-Este lugar lo descubrí cuando solía escaparme para aquí. A ver... A ver... ¡Ajá! Mira, es por aquí.

Las calles se volvieron estrechas y la velocidad en la que iba Sara le hizo sentir que estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. De repente, se encontró de frente de un establecimiento sencillo y poco llamativo. Antes de entrar, vio una pareja muy amorosa salir y fue allí cuando se dio cuenta que la puerta era de madera y de paso, corrediza.

-Particular –Se dijo.

Sara logró adentrarse y apenas lo hizo, sonrió.

-Vaya, tenía tiempo sin venir para aquí. Se siente como regresar a casa.

El restaurante era bastante pequeño, de hecho sólo había espacio para tres mesas para dos personas y la pequeña cocina en donde se preparaban los platillos.

-Ven... Tenemos suerte esta noche, eh.

Escogió la mesa más apartada. Max respiró aliviado. Luego de quitarse los abrigos y acomodarse, él notó el hombro precioso que quedó descubierto por el suéter tejido. Ella interceptó el esto y él hizo el esfuerzo de parecer inocente de toda intención.

-Entonces, ¿así que antes has venido para aquí?

-Sí, sí. Antes solía escaparme mucho de casa y pasaba mucho tiempo deambulando por ahí. Encontré este lugar por casualidad. Recuerdo que nunca había probado nada similar y cuando vine todo me pareció delicioso. Mmm. Déjame ver la carta.

Leyó interesada en lo que había en la lista. Max se contagió de su energía.

-¿Por qué no pides por ambos? Parece que conoces bastante bien el lugar así que depositaré mi confianza en tu buen gusto.

-¡Perfecto! Acepto el reto.

Se levantó de repente y fue hacia la barra para pedir la comida. Desde su puesto, Max tuvo tiempo para observar otras partes de su cuerpo. El brillo de la luz del techo incidía en el hombro, haciéndolo ver brillante y suave.

Su espalda dibujó una silueta delicada hasta terminar con sus nalgas que lucían apetecibles en esos jeans oscuros. Esa misma posición le hizo recordar la fantasía que tuvo la noche anterior, por lo que hizo el esfuerzo de controlar sus impulsos carnales.

-Había un montón de cosas que quería que probaras pero me he decidido por el Chanko Nabe.

-¿Qué es?

-La comida de los sumos. Es una especie de sopa que tiene hongos, bolas

de pescado, fideos y más. Es deliciosa. Aunque te advierto, creo que nos sacarán rodando de aquí.

El caldo humeante descendió entre la mirada maravillada de los dos. Un plato de roles de atún y un par de pintas de cerveza.

-Esto se ve increíble.

-Espero que te guste.

Comenzaron a comer y Max entendió que tenía sentido pagar el precio de la multitud para comer aquellos platillos exquisitos. Por un momento pudo olvidar el remordimiento de consciencia y el hecho de ser un criminal. En ese momento era sólo un tío común y corriente que compartía la cena con buena compañía.

Luego de un rato de halagos a la comida, los dos se dejaron vencer sobre la silla con satisfacción.

-Nunca había comido algo así. De verdad, muchas gracias por esto.

-Me encanta que te haya gustado.

Esa Sara era muy diferente a la que conoció. Le pareció realmente dulce y mucho más madura para alguien de su edad.

-Creo que podría levantarme. ¿Nos vamos?

Se levantaron y decidieron caminar por ahí para quemar un poco las calorías que acaban de consumir.

-Me sorprende que una chica como tú haya estado por ahí sola.

-Bueno, era una forma de lidiar las cosas que pasaban en casa. Me funcionó.

-¿Y tus padres?

-Más preocupados por las apariencias que por otras cosas.

-Vale.

Estuvo tentado en preguntarle sobre Joe pero supo que sería poner el dedo en la llaga. Se quedó en silencio y terminaron por sentarse en una plaza.

-Creo que esta es la mejor cita que he tenido hasta ahora.

-¿Te parece que tuvimos una cita?

-Pues sí. Y la he disfrutado muchísimo.

Ella lo miró con esa expresión inocente y de mujer sensual que habitaba en su cuerpo. Dos cosas tan opuestas convivían dentro de ella en perfecta armonía.

Max entendió su mano y acarició su mentón suavemente. La miró un minuto más hasta que por fin se decidió besarla. Sus labios se juntaron como si conocieran de siempre, como si conocieran los movimientos que darían. Esa sensación de sincronización los hizo acercarse aún más, ya sea por el frío que hacía o por la necesidad de fundirse entre sí.

Los brazos de Max, fuertes y decididos, la bordearon y en ese momento Sara la invadió esa impresión de seguridad. Una que nunca había sentido.

No faltó mucho para que sus lenguas también se rozaran y se acariciaran en un círculo interminable de deseo. Sara se separó un poco agitada.

-Quiero quedarme contigo esta noche.

-¿Estás segura?

-Sí... Por favor.

A Max se le manifestó una sombra de duda. No estaba seguro que era lo correcto. No, simplemente no lo era. Sin embargo, ahí estaba ella. Tan dulce, tan sensual, tan suave. Ansiaba probar su carne, romperla. Ansiaba nadar entre sus piernas, lamerla y hacerla gritar... Ansiaba dominarla y hacerla suya hasta el cansancio.

-Por favor...

Insistió con voz suave.

-Vámonos.

Le tomó la mano y caminaron en dirección al parque. En su interior, Sara sabía que Max no era un hombre común y eso era lo que más le gustaba de él.

La algarabía que estaba a su alrededor contrastó con los ánimos que tenían los dos en ese momento. La fuerza del deseo los llevaba por la ciudad como si no hubiera un mañana.

Después de unas cuantas calles, llegaron a un coche. Sara se sorprendió

por un momento.

-La moto la dejé. No creí que fuera buena idea salir con ella con el frío que está haciendo, ¿no crees?

-Oh sí, tienes razón.

El coche era un Camaro del 1969. Si bien Max no era el tipo de hombre que ostentara mujeres o joyas, demostraba su buen gusto en otras cosas.

-Lo encontré en un taller viejo en las afueras y repleto de polvo y óxido. Se convirtió en mi proyecto personal y creo que no ha quedado nada mal.

De hecho estaba más que mejor. Tenía asientos de cuero, techo reformado, vidrios reforzados y pintura que resaltaba los detalles clásicos. Cualquier aficionado a los coches clásicos estaría más que admirado.

En el camino, la tensión sexual entre los dos era cada vez más grande. Pararon en un semáforo en rojo y se miraron. Ella se acercó a él y descendió hasta su entrepierna pero sin dejar de verlo.

Bajó el cierre, desabrochó el pantalón y llevó a su mano hasta el bulto que ya estaba tan duro como una roca. Lo acarició suavemente hasta que lo sacó por completo. El glande, incluso, estaba húmedo.

Sostuvo el cuerpo y al mismo tiempo abrió la boca para lamer su pene. Admiró por un momento las venas que se le formaron gracias a la excitación, observó la ligera curvatura de su miembro. No quiso esperar más tiempo y dio una primera lamida muy despacio. Sintió ese respingo de él y lo hizo por segunda vez.

Continuó lamiéndolo hasta que lo introdujo en su boca por completo. Sus labios percibieron cada textura de ese pene delicioso.

Justo cuando aumentó el ritmo de las lamidas, sintió la mano de él sobre su cabello, acariciándola. De repente, escuchó que se había aparcado en un lado de la calle. Presintió que esto debía ser porque él estuvo a punto de perder el control.

Desde el momento en que sintió su boca sobre su pene, Max tuvo que hacer un enorme esfuerzo por controlarse. Así que mantuvo la mirada al frente, en la vía, para obligarse a seguir adelante hasta que llegó un punto en que no pudo más. Aparcó en un sitio en la autopista lo suficientemente solo como para no

preocuparse por si alguien los interrumpía. Luego de hacerlo, se echó un poco para atrás para observarla mejor.

Le resultó excitante la forma en cómo movía su cuerpo al son de un ritmo que le hacía endurecerse más y más. Le gustaba delicioso escuchar las arcadas y el sonido de la saliva recubriendo su pene. Luego de acariciarle el cabello, sus dedos rozaron el cuello. Se sostuvo de allí un rato hasta que la empujó hacia abajo para que fuera más profundamente.

Ella se sostuvo de lo que pudo tener a la mano, cerró los ojos y sólo quiso hacerlo lo suficientemente bien para que él se sintiera al borde de la desesperación. De repente, cuando estuvo a punto de quedarse sin aire, él echó su cuerpo hacia atrás como una forma de frenar las sensaciones.

-Dame un momento... Dios...

Respiraba agitado. Los ojos estaban casi en blanco.

-¿Estás bien?

Él no le respondió, sólo la observó para después darle un beso. Lo hizo con violencia, con pasión. Tomó el volante con ambas manos y pisó el acelerador. Ansiaba ir a casa para hacerla suya.

Gracias a la velocidad, llegaron en poco tiempo. Sara se percató del lugar en donde vivía Max. Un sitio elegante pero no demasiado, de hecho, le llamó la atención que fuera muy diferente a lo que estaba acostumbrada.

Max estuvo prácticamente mudo. La razón era porque sólo tenía en mente en tenerla para sí lo más pronto posible. Mandó al diablo la incomodidad y los remordimientos. No había cabida para pensar demasiado. La quería suya a diera lugar.

No hubo tiempo para detallar el mundo de él, más bien lo poco que ver Sara fue un par de cuadros elegantes de arte abstracto. De resto quedó frente a los ojos azules que parecían estar encendidos.

Esta vez, la boca de Max no fue dulce ni delicada. Fue hacia su cuello para chuparla, para morderla, para marcarla. Pareció estar en un trance. Antes de continuar, la miró para preguntarle:

-¿Estás segura de esto?

-Más que nunca.

-No soy como todos los demás, Sara. Tengo... Ciertas inclinaciones.

-Quiero hacerlo. Hazme tuya.

Volvió a sentirse arrastrado por la lujuria y por ese instinto salvaje que habitaba en él. La besó de nuevo pero con la intención de desnudarla. Cada prenda cayó en el suelo de la sala como si fueran capas que envolvían algo precioso.

Rozó el hombro con un par de dedos, lo besó y se quedó en su cintura, apretándola, llevándola contra su cuerpo. Al tener su rostro tan cerca de su piel, pudo olerla y sentirse como si estuviera en el paraíso.

Después la vio desnuda. Observó su piel clara y la sensualidad de sus ojos que lo llamaban a gritos. La cintura pequeña, los pezones erectos y esas piernas que podrían ser la perdición para cualquier mortal.

La cargó y la llevó a la habitación. Ella permaneció en silencio, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

Dejó su humanidad sobre la cama amplia y ancha. La suavidad de las sábanas la hicieron sentir como si reposara sobre unas nubes.

Él se quedó de pie y comenzó a desvestirse. Para Sara, la ropa no le hacía justicia, ni un poquito. Era alto, fornido. El cabello y los ojos negros acentuaban esa aura de misterio, su torso parecía tallado por un escultor, sus muslos y piernas lucían de piedra pero sin duda era sus ojos con ese azul intenso y penetrante la que la hacía sentirse atravesada por el deseo.

La dejó allí por un momento. Ella quedó consumida por el suspenso de su repentina desaparición.

Al dejar la ropa, Max también dejó cualquier intención de reprimir su ser Dominante. Sin embargo, había un detalle, Sara no sabía esa faceta de él así que tendría que hacer alguna alternativa que le permitiera hacerla suya y que complaciera sus impulsos.

Aprovechó la oscuridad y se acercó a un mueble de madera que se encontraba junto al clóset. A primera vista, daba la impresión de que se trataba de algún mueble decorativo, de hecho, no se le veían ninguna abertura. Era perfectamente cuadrado y con algunos detalles en la superficie. Sin embargo, Max ajustó unas cuantas piezas que pasarían desapercibidas a cualquier persona. Un rápido movimiento y se abrió un compartimiento. Allí

se encontraban una serie de cuerdas de todas las texturas y colores. Tomó unas cuantas para decidir cuál sería la indicada. Luego, volvió a cerrar. Por los momentos con eso bastaría.

Sara sintió de nuevo la presencia de Max y, aunque estaba contenta de verlo, observó algo que sujetaba sus manos.

Él se acercó más hacia una fuente de luz y dejó ver su rostro concentrado y más inexpresivo que de costumbre.

-¿Está bien si quiero amarrarte?

Ella contuvo el aliento hasta que pudo contestar.

-Sí, hazlo.

-Lo haré con cuidado. Lo prometo.

Asintió y casi inmediatamente sintió las manos de él sobre sus muñecas. Las puso sobre su cabeza. Después separó las piernas con delicadeza. Dos fracciones de cuerda irían para amarrar los tobillos. Al final, sus extremidades, a excepción de los brazos, quedaron extendidas sobre la cama.

-Cierra los ojos.

Así lo hizo con un poco de miedo en el pecho.

Max se acercó a ella y dio un pequeño soplido sobre el cuello. Ese estímulo fue suficiente para que todo su cuerpo se estremeciera. La piel erizada y los pezones aún más endurecidos, eso era lo que él estaba buscando.

Sus manos se pasearon por los hombros, los pechos y la cintura. La acariciaba suavemente, la preparaba para castigarla después.

Siguió acariciándola hasta que terminó en su entrepierna. Gracias a las piernas extendidas, advirtió el calor que se desprendía de su coño. Otro ligero roce entre los labios vaginales, uno muy suave para notar la humedad. Siguió tocando hasta que la comenzó a masturbar.

El clítoris jugoso, rosáceo, como un botón de flor, se veía perfecto y tentador. Entre las caricias, se escuchaban los gemidos y súplicas de Sara. Cuando podía abrir los ojos, quedaba más atontada ante los placeres que él le hacía sentir. Esa fuerza marcada en sus brazos, esa manera de mirarla. Quería

más.

Max introdujo los dedos para sentir la estrechez de ese coño. Estaba más y más excitado por lo que no pudo evitar inclinarse para también estimularla con su lengua. Tal y como lo imaginó, el sabor lo llevó a la gloria.

Siguió estimulándola al mismo tiempo hasta que sus manos, como actuando con voluntad propia, tomaron sus muslos y para quedarse allí, chupándola un buen rato.

La textura de su coño más el calor que desprendía, era una combinación que lo convenció aún más que las fantasías podían hacerse realidad y que esta, además, podía superar cualquier cosa.

Desde el primer momento en el que la probó supo que se quedaría allí por mucho tiempo, quería que así fuera pero había mucho más que quería explorar así que no paró.

Sara estaba a punto de explotar, le suplicó que parara, que tuviera piedad con ella. Pero, por supuesto, esas palabras no tuvieron ningún sentido para él. Se quedó absorto en lo que saboreaba sus labios hasta que se levantó para respirar un poco. Sara, mientras, tenía las mejillas encendidas y la frente perlada por el sudor. Su cuerpo desnudo, tan bello y tan perfecto, parecía una perla.

Max pensó en azotarla, en abrirle la carne, en hacerla sufrir. Pero tenía que calmar los bríos. Por lo que peinó su cabellera salvaje y se dispuso a dar unos cuantos golpecitos a la vagina con la intención de excitarla aún más. Todo eso mientras la miraba a los ojos.

Le gustaba verla retorcerse en su propio placer, le gustaba ver esa expresión de súplica, de esas que no serían respondidas por más insistentes que fueran.

Esperó un poco más hasta que su pene pareció que iba a explotar. Se alzó y la penetró lenta pero profundamente. La cara de Sara, justo en ese momento, se transformó en una obra de arte que mezclaba placer y lujuria al máximo.

Él se sostuvo de la cintura y comenzó a hacer un movimiento uniforme que permitió golpear su pelvis contra la de ella. Sus brazos estaban apoyados sobre la cama, marcando cada músculo y cada vena que brotaba de ese deseo reprimido y que por fin veía la luz.

Se inclinó un poco hacia un lado con la finalidad de tomarle el cuello. Lo hizo con el afán de control pero sin olvidar la fragilidad de ella que apenas conocía los primeros pasos del BDSM.

Así estuvo, dentro de ella por un rato largo. Desconoció por cuánto. Sólo estaba concentrado en ese calor que abrasaba su pene, esa carne dulce y joven que estaba dispuesta a él de manera incondicional, ese rostro divino, esos labios gruesos y tentadores, esos ojos que lo miraban y adoraban. Porque sí. Porque él sabía que dentro de ella vivía la sumisa perfecta.

Dejó de moverse para luego desatar los amarres de sus tobillos. Sara permaneció en suspenso hasta que notó que el cambio de posición. Su cuerpo quedó tendido de lado quedando de perfil. Max alzó una de sus piernas y comenzó a acariciarla con cuidado y delicadeza. Pero, de un momento a otro, sintió de nuevo la presión deliciosa del pene de Max dentro de ella.

Dicha posición resultó ser increíblemente placentera para los dos ya que podían sentir cada parte pero en grado superlativo.

Sara mantuvo los ojos cerrados, con la esperanza de aferrarse a esas sensaciones tanto como pudiera. Max, por su parte, podía regular la intensidad de la penetración y también disfrutar de dar unas cuantas nalgadas para llevarla más cerca al orgasmo.

Siguió penetrándola pero fue de suave a muy rápido y duro. Tanto así que tuvo que sostenerse de las cuerdas que la ataban. Max continuó hasta que llevó su pulgar y lo colocó sobre el clítoris de ella para masturbarla un poco. El ritmo fuerte más la estimulación, fueron demasiado para Sara quien, entre sollozos, le suplicó a Max.

-Por favor... Por favor.

-¿Por favor qué?

-Déjame correrme... Por favor.

-¿Cuánto lo quieres?

Su voz se volvió más grave, más severa.

-Mucho. Demasiado...

-Dime “señor”.

-Señor...

Max adoraba esas palabras, adoraba sentirse poderoso, viril. Le tomó la pierna con fuerza y continuó follándola como el macho que era. De repente, ese cuerpo dulce comenzó a estremecerse.

-Dámelo todo...

-Sí... Sí, señor.

Bastó para que lo hiciera con pasión para que, al final, ella se deshiciera en la cama.

Sara sintió en ese instante, que su cuerpo y mente eran dos entes que flotaban por los aires. Gracias a sus párpados cerrados, viajó por la oscuridad y el orgasmo hasta que perdió la consciencia por unos segundos.

Al verla abatida y feliz, Max se sacó su pene. La observó en silencio mientras descansaba entre las sábanas. Aún estaba con la excitación al máximo. En ese momento, Sara abrió los ojos y sonrió.

-Lléname toda de ti. –Le dijo entre susurros.

Se acercó para darle un beso intenso y sujetó su pene para masturbarse. La rigidez no había cedido sino más bien lo contrario. Estaba tan duro como una roca. Para provocarlo aún más, Sara se acomodó y abrió las piernas.

Con sus finos dedos, rozó su clítoris con un gesto delicado y dulce. Él pareció ensimismado con la belleza de Sara, con la silueta y con las formas de hacer las cosas. Esas mismas que lo hechizaron en un primer momento.

Explotó entonces sobre su torso. Las gotas de semen se esparcieron por ella y hasta la cama. Luego de caer sobre su cuerpo, ella lo recibió entre sus brazos, sintiendo el corazón que le latía a mil por hora. Le besó la cabeza y permanecieron así un buen rato.

Ella dormitaba para cuando él, finalmente, se levantó. Lo hizo con cuidado para no incomodarla. Encendió la luz del baño y se encontró con su reflejo. Lo primero que pensó fue en que necesitaba afeitarse urgentemente, ese aspecto lo hizo sentirse como indigente.

Luego de aquella sesión de vanidad, se observó con más detalle. Escudriñó sus rasgos, las heridas por el trabajo, el cansancio debajo de sus ojos y unas cuantas arrugas producto del estrés. Más allá de todo eso, parecía

que algo por fin se había liberado y que ya no había vuelta atrás.

Volvió a asomarse por la puerta y Sara todavía dormía. Tomó algunas toallitas húmedas y las llevó a la habitación para limpiarla. Al llegar, la posición en la que dormía le recordó el cuadro de Venus sobre el mar.

Más cerca todavía, se percató de esa expresión calma, imperturbable. Le acarició el rostro y la dejó allí.

Caminó hasta la cocina y la luz de la nevera irrumpió la completa oscuridad del piso. A pesar de la comida que tuvieron, le apeteció algo dulce así que sacó una caja de pequeños bocados de cheesecake de Philadelphia. Esos mismos que comía cuando era niño.

Sacó un par y se sentó en la encimera. La luna llena iluminaba casi toda la sala por lo que pudo observar con detalle cada una de sus cosas. Los sofás y sillas, las paredes decoradas con arte abstracto que más bien eran símbolos para recordarle que tenía que hacer lo posible para caer en la miseria.

Devoró uno de los bocaditos con rapidez y se dispuso a abrir el otro cuando decidió que le contaría su doble vida a Sara... ¿O mejor esperar? Apenas compartieron una noche de lujuria, eso no quería decir que sería así todo el tiempo. No obstante, le pareció más que claro la conexión que tenían, ese magnetismo obvio desde el primer instante. ¿Por qué seguir negándolo?

Volvió a quedarse pensativo, saboreando el sirope de fresa con regusto a artificial. Permaneció allí un rato más hasta que el cansancio convenció a su cuerpo que era hora de dormir.

De regreso, Sara todavía dormía así que se acostó con el cuidado de no despertarla. A pesar de las mujeres y de las experiencias cortas en las relaciones, Max tuvo la impresión de sentirse cómodo. Más de lo que había pensado en algún momento.

VIII

A lo lejos, se escuchaba I'm Too Afraid To Love You de The Black Keys, el sonido de la voz de Dan Auerbach sirvió como de despertador para Max. Él abrió los ojos y se encontró sólo en la cama.

Tanteó entre las sábanas para asegurarse. Se levantó violentamente y por un momento sintió que todo aquello que había vivido se trató de un sueño. Fue al clóset y tomó un par de pantalones de pijamas. Estaba todavía un poco confundido.

Al ir a la cocina, se topó con una taza de café caliente y con la sonrisa de Sara.

-¡Buenos días! Hasta hace poco me desperté y bueno, pensé que prepararte un poco de café no sería mala idea. ¿Está bien?

Se rascó la cabeza y asintió animado.

-¿Cuánto quieres de azúcar?

-Dos, por favor.

Ella comenzó a servir con aire de naturalidad, como si aquello lo hicieran todos los días. Max la miraba un poco desconcertado porque era obvio que no estaba acostumbrado a ese tipo de escenas. Siempre solo, siempre taciturno y ahora tenía compañía.

-Gracias.

-De nada... Oye, en un rato debo irme a casa. ¿Sabes si...

-Yo te llevo. No te preocupes por eso. Me tomo esto, me visto y salimos.

-Vale.

Antes de terminar la miro fijamente.

-... Así en el camino te comento algo que es importante para mí.

Sara esperó que Max terminara el café para levantarse.

-Me cambio rápido.

-Vale.

Se quedó sentado, tonteando con el móvil hasta que recordó que dentro de poco debía visitar a Joe. Esa sensación de culpa que había logrado espantar un poco, de nuevo se manifestó y cayó sobre él como una ola.

Pero bien, no había que alarmarse, más bien esto es una aventura por lo que no duraría demasiado. Se convenció a sí mismo que todo estaba bajo control por lo que terminó de espabilarse y fue hacia su habitación.

Al entrar, se topó con Sara quien terminaba de vestirse. Él la miró por un rato y pensó que sería mejor verla con algo suyo.

-Espera un momento.

-Vale.

Se acercó a uno de sus cajones y tomó una franela algo vieja pero que ya le quedaba pequeña.

-Ten, ponte esto. El día parece que está un poco más cálido así que creo que no tendrías problemas.

-¿Trentemoller?

-Ah, sí, sí. Es un artista de música electrónica. Fue de uno de sus presentaciones.

-Vaya que sí tienes facetas interesantes, eh.

-Todos las tenemos.

Ella pareció sonrojarse.

-Bien, ya me cambio y nos vamos.

Tomó un par de jeans, una camiseta y un jersey por si hacía frío. Se echó un poco de agua en el rostro y salió.

Minutos después, llegaron al estacionamiento y se encaminaron hacia los suburbios.

-¿Están esperándote?

-No pero creo que es mejor que haga acto de presencia. Ya sabes, ¿para evitar problemas?

-Correcto.

Con la mirada fija en el camino, se armó de valor para decirle lo siguiente.

-¿Sabes qué es ser Dominante?

-Creo tener una noción al respecto... ¿Tiene que ver con lo que pasó ayer?

Él asintió.

-Soy Dominante. Me gusta tener el control, así como disciplinar y humillar. No siempre lo hago en todas las sesiones pero digamos que está sujeto al humor que tenga en el momento. Ayer, por ejemplo, sé que me salí un poco del comportamiento normal pero traté de no hacerlo demasiado porque no es algo que todo el mundo digiera con facilidad. Lo siento por si te lastimé, aunque es absurdo que lo diga a estas alturas.

Se sintió mínimo. A pesar que era una persona que siempre tenía en cuenta las consecuencias, por alguna razón, se le hizo difícil contenerse con ella. Ahora, trataba de enmendar el error.

-Max... Pedí ser tuya porque realmente lo quiero. Si te soy sincera, presentía que tenías algo oculto y ayer me quedó más que claro. Y no, no me hiciste daño. Pero sé que puedo decirte si algo está mal.

Ella le sonrió.

-Y no te preocupes. Esto queda entre nosotros.

Se sintió aliviado pero todavía quedaba algo más por decir.

-¿Te gustaría que probáramos más cosas?

-Me encantaría.

Giró para verla.

-Tendremos que establecer los límites de cada uno para que no haya malos entendidos. ¿Te parece?

-Lo único que realmente quiero es lo que te dije hace poco: ser tuya.

No resistió la tentación y la besó ignorando el tráfico. No importaba nada más.

Aparcó frente a la gran casa de estilo kitsch entre la tranquilidad de los suburbios.

-La pasé increíble. Creo que no me había divertido tanto en mucho tiempo. De verdad, gracias. Luego te la devuelvo. –Dijo en alusión a la camiseta.

-Para mí fue un honor... Quiero que te la quedes.

-Vale...

Antes de bajarse, se colocó frente a él y para perderse en el azul de sus ojos. Acarició su fuerte mentón, rozó con sus dedos los labios que tanto dolor y placer le causaron. Se mantuvo allí hasta que lo besó con suavidad.

-Espero que nos vemos pronto.

-Así será.

Él se inclinó hacia ella y volvieron a besarse. Era una despedida que no quería que se terminara. Finalmente, Sara se alejó de él y se bajó del coche. Dio unos cuantos saltos hasta la puerta. Volteó e hizo un último gesto con la mano.

Max se quedó un rato allí como esperando que algo más pasara. Pero no, no pasó nada. Sostuvo el volante y recordó que debía ver a Joe. El instinto le dijo, además, que algo sucedería y que no sería nada bueno.

Al día siguiente, tomó la moto y fue hacia la prisión. Esas mismas rejas blancas vueltas a pintar, el frío salón de espera con ese color verde hospital y las sillas y mesas atornilladas en el suelo con la intención de que no fueran usadas como armas de defensa o ataque. Los guardias ubicados en los mismos puntos y el pitido metálico que sonaba cuando se abría alguna celda cercana.

Por alguna razón, Max sintió cierta densidad en el ambiente. Una especie de pesadez que pensó sería momentánea pero que se volvió casi palpable mientras esperaba a su amigo.

Estuvo inquieto, bastante, hasta que lo vio entrar en el salón. No se veía demacrado o cansado, más bien su físico volvió a ser como era antes: fuerte y macizo. Sin embargo, cuando lo miró más de cerca, detalló cierto fuego en los ojos. Esa sensación le recordó el día del robo frustrado.

Ambos de pie, se dieron un largo abrazo. Joe pareció genuinamente contento y Max pretendió que también lo estaba.

-Siento no haber venido antes. He estado ocupado con unas cosas.

-Tranquilo, tío. Estoy contento de que estés aquí. ¿Cómo están los muchachos?

-Pues, bien. Cada vez que me ven, me preguntan por ti.

-Es raro... Ninguno ha venido, ¿sabes? Hasta sé muy poco de mis abogados. Creo que echaron por la borda mi caso.

-Eh, no digas eso, tío.

-Es así, es así. Ya no quiero seguir mintiéndome. Pero no te preocupes, entiendo todo. Además, aquí no me va tan mal como pensé. –Se acercó lo suficiente como para susurrar- Me he convertido en uno de los que mandan. ¿Puedes creerlo?

Max hizo un gesto de desaprobación.

-No, no, no. No es así como piensas. Es MEJOR, ¿entiendes? La gente me tiene miedo y me respeta. Son increíbles las cosas que puedes hacer.

-Joe...

-En serio. No tienes por qué preocuparte por mí.

-Sabes que llevar este tipo de vida puede ser fatal para ti. Tienes que entenderlo.

-No me vengas con sermones cuando no eres el que está encerrado.

Max comenzó a enojarse y Joe leyó los gestos de molestia.

-¿Cómo está Sara?

Esa pregunta la sintió como una punzada en la espalda, como un golpe en el estómago. Trató de incorporarse para darle a entender que estaba todo bajo control.

-Bien. La primera vez que la visité me comentó que los controles de su casa habían estaban menguando. El robo fue todo un asuntillo.

-Me lo imagino. Todos quedaron más crispados que de costumbre. ¿Ha preguntado por mí?

Desde que se sentaron a hablar, ese quizás fue el único rasgo de esperanza que ocupó la oscuridad de su mirada. Max se echó para atrás. Quiso tomarse unos minutos para decidir si era conveniente decirle la verdad o mentirle al

respecto. Luego de analizarlo rápidamente, respondió.

-Siempre me pregunta por ti. Está preocupada...

Joe se llevó las manos a la cara como un gesto de alivio. Suspiró un rato y luego miró a su amigo.

-Creo que es mejor que no sepa más de mí. Debes asegurarte de ello. ¿Vale?

-No te preocupes.

Ese momento sintió lástima por él y por la situación.

Se levantó de la silla y abrió los brazos.

-Creo que no nos veremos en mucho tiempo.

-¿Por qué?

-Cosas, amigo. Por favor, cuídala.

Se abrazaron un rato hasta que Joe le dijo al oído.

-Has sido mi único amigo, mi única familia. Gracias.

Se dio media vuelta y desapareció entre el silencio y la solemnidad de los guardias. Max se quedó solo pensando en que quizás todo aquello se trató de una amarga despedida.

IX

Joe se sentó sobre el catre luego de que el guardia lo dejara en su celda. Era un pequeñísimo cuadrado de 2 x 2 mts². Apenas había espacio para dormir, un lavabo y un retrete. Cerca del techo, se encontraba una minúscula ventana que servía para indicar si era de día o de noche, si llovía o nevaba. Al menos era suficiente para mantener la cordura de Joe en los días más críticos.

Lo cierto es que los primeros días de reclusión, fueron los más impactantes y difíciles para él. Llegó a pensar que sería incapaz de superar la situación. Mantuvo la esperanza cuando supo que sus abogados impidieron su traslado a una prisión de máxima seguridad a pesar de sus cargos de secuestro, homicidio e intento de robo.

Sin embargo ese anhelo se diluyó cuando pasó el tiempo y su realidad pasó a ser una tortuosa rutina. Así que maquinó que la mejor forma de sobrevivir y de tratar de tener la vida que tuvo era convirtiéndose en otro matón de cuidado.

Así pues realizó alianzas con los guardias y con otros reclusos con el fin de contar con su propia corte de lacayos. Paralelamente, adquirió un físico intimidante.

Se encargó de dar señales de que era un hombre de cuidado pero sabía que, dentro de ese microcosmos, sería víctima de sus actos. Una prueba de ello fue el recibir una noticia que estremeció su médula. Algunos de sus propios aliados estaban preparando todo para matarlo en la noche.

Trató de que no se le notara en el rostro el dolor y la angustia de una muerte cruel en un entorno frío, pero pretender que su vida tendría un final feliz sería un absurdo de su parte. Tenía que pagar el precio.

Aceptó su destino en ese catre, mientras miraba el techo. Recordó sus años de hombre exitoso de la mafia, recordó los coños que folló y el extraño sentimiento que le produjo Sara cuando comenzó a andar con ella. Cerró los ojos y esperó ansiosamente la llegada de la noche.

X

Durante el camino, el pecho de Max se le hizo un nudo. Tuvo que reconocer que el presentimiento se hizo más fatalista cuando salió de la cárcel.

-Maldita sea, Joe.

Se paró en un semáforo y escuchó el móvil. Era Sara.

-Quiero verte.

Él también quería. Deseaba enredarse en su cuerpo y perderse en él. No lo pensó demasiado y marcó su número.

-Te voy a pasar buscando. Te aviso cuando esté cerca.

Dejó el móvil sobre el asiento de al lado. Volvió a tomar el volante y miró hacia el frente. Observó un conjunto de nubes oscuras que comenzaban a acumularse sobre la ciudad.

-Bah, qué irónico.

Volvió a la realidad al darse cuenta que estaba por perder la próxima salida que lo llevaría a la casa de Sara. Hizo un movimiento brusco y luego de unos cuantos cornetazos, pudo llegar en cuestión de minutos.

Apenas se acercó, la vio de pie esperándolo. Tenía un vestido corto de flores, una chupa de jean y unos botines de cuero negro. Ese aspecto jovial y dulce, le hizo olvidar cualquier momento amargo.

Aparcó y salió para encontrarse con ella. Sus brazos fueron directamente a la cintura de ella. Sus labios manifestaron un beso largo, tanto así, que escuchó los gemidos que salieron de su boca.

-¿Tardé demasiado?

-Ni un poco... Señor.

Sus ojos se concentraron en ese gesto complaciente que hizo por lo que tuvo que aguantar el impulso de tomarla del cuello y obligarla a hacerle sexo oral. Apenas se montaron, Max ya tenía unas cuantas ideas de lo que quería hacer con ella.

Sara estaba con el pecho acelerado porque estaba decidida en complacer a Max tanto como pudiera. Fue por eso que, luego de su primer encuentro, comenzó a investigar más sobre el BDSM. Sabía que era una práctica poco común pero eso no le bastaba, deseaba conocer más al respecto.

Entendió un poco más sobre el pensamiento y las inclinaciones de los Dominantes, comprendió la importancia de plantear límites y cómo estos eran necesarios para que la relación estuviera basada en el respeto mutuo.

Asimismo exploró diferentes dinámicas entre Dominante y sumisa pero lo que más le gustó fue aquello de depositar la confianza y todo su ser a una persona que estuviera dispuesta no solamente a controlarla sino también a cuidarla. Sentía que Max era la persona indicada para ello.

En su bolso tenía un par de pinzas de madera viejas que rescató del lavadero, incluso hizo lo mismo con una vela. Sería una buena introducción para el dolor y el placer.

Ocultó la sorpresa hasta que entraron al piso. Él le ofreció y trago y ella aceptó. Sí, estaba muy nerviosa.

Max se escabulló en la cocina y hundió la cabeza entre los estantes buscando un par de copas y la prometida botella de vino. Mientras, ella aprovechó el momento para ir a la habitación y quitarse la ropa. Dejó el vestido sobre una silla, así como la chupa. Quedó en ropa interior: bragas y sostén negro de encaje.

Él fue a encontrarse con ella pero no la vio. La llamó y escuchó un ligero “esto aquí”. No sospechó nada hasta que la vio. Estaba de pie, frente a él y con esa actitud de mujer fatal que le volvía loco.

Dejó las copas sobre un mueble y quedó un poco más cerca, sin muy bien qué hacer. No tardó mucho tiempo en darse cuenta que lo mejor que podía hacer era tomarla entre sus brazos y comerla a besos... Y así lo hizo.

Al estar en contacto con su cuerpo, sintió el pecho agitado de ella. Trató de calmarla con más besos y caricias. La suavidad de su tacto, sin embargo, fue momentánea. Sus manos fueron a sus nalgas para apretarlas casi salvajemente. Su boca mordía los labios y el cuello de Sara. Eso respondió a su afán de marcarla y de hacerle entender a los demás que le pertenecía.

La alzó y las piernas deliciosas de ella bordearon su torso. Se sostuvo de

sus hombres mientras las lenguas comulgaban en el deseo una y otra vez. Él la quiso llevar hasta la cama, para poseerla pero Sara lo frenó.

-Espera... Quiero mostrarte algo.

La bajó por un momento y vio que corrió hacia su bolso. Sacó las pinzas que tenían guardadas y la vela.

-Leí un poco y quisiera probar esto.

Él pareció sorprendido.

-¿Estás segura?

-Sí. Más que nunca.

Volvieron a besarse y en cuestión de segundos, la ropa interior de Sara cayó en el suelo como un estorbo más. Las manos de Max parecían inquietas, desesperadas. Apretó sus pechos perfectos y lamió los pezones. También los mordió.

En el afán de hacerla gritar, tomó las pinzas y las colocó sobre los pezones lentamente. Quería que sintiera que era posible sentir dolor y placer al mismo tiempo. Sara gimió con fuerza y trató de sostenerse de la fuerza de Max.

-¿Estás bien?

-Sí... Oh sí.

Sonrió y fue besándola desde los labios hasta descender por el abdomen y terminar en su coño. Le abrió las piernas estando de pie por lo que él aprovechó el momento de arrodillarse para lamerla.

Uno de sus dedos se aventuró entre sus carnes mientras su lengua acariciaba el exquisito clítoris. Eso más la presión que sentía que los pezones, Sara estuvo a punto de desfallecer.

-Aún falta, pequeña...

-Sí, señor.

Retomó el sexo oral hasta que se cansó de la posición y la acostó sobre la cama. La dejó boca arriba y continuó lamiéndola pero, esta vez, con furia. En el silencio del piso, sólo era posible escuchar los gemidos de ella entremezclados con la lengua que le succionaba sus jugos.

Max se levantó de repente y notó el rostro enrojecido de Sara. Se acercó a su oído y le dijo muy suavemente:

-Quiero azotarte.

-Hazlo, por favor.

Se acercó más.

-¿Por favor, qué?

-Por favor, señor.

-Buena chica.

Sacó de algún rincón un látigo de cuero. De hecho, tenía varios trozos de este material.

-Avísame si sientes demasiado dolor. ¿Vale?

-Sí, señor.

Los latigazos comenzaron en sus piernas y muslos. La palidez de los mismos fue reemplazado por el rojo de los impactos que recibía sin parar.

Para Sara todo le pareció irreal. Aquella información que encontró en Internet, resultó ser apenas una parte de lo que realmente era el asunto. Las palabras que leyó no tenían comparación con las sensaciones que estaba experimentando.

-¿Sigo?

-Sí, por favor, señor.

Él subió un poco más hasta el torso, no quería lastimar ese dulce rostro. Inmediatamente después, paró los azotes para acariciar los pechos con las cintas de cuero del látigo, sobre todo los pezones. Ese gesto fue suficiente para ella gimiera un poco más. Se concentró allí y con una de sus manos, dio unos cuantos golpes sobre el clítoris para estimularla aún más.

Las manos de Sara sobre las sábanas así como sus ojos cerrados, fueron señal que estaba a punto de perderse en ese vórtice que le arrastraba la excitación. Sin embargo, en medio de su trance, volvió a escuchar la voz sensual de Max.

-Aún falta lo cera, ¿recuerdas?

-Sí, señor.

A ese punto era seguro que ella perdería la consciencia en cualquier momento.

Max no quiso sobreexponerla a la excitación ya que todavía era una persona con un largo camino por recorrer. Así que dejó el látigo a un lado así como las pinzas de madera. Sonrió para sí mismo al recordar el gesto voluntario de ella con el fin de probar nuevas sensaciones. Iban por buen camino.

Entonces encendió la vela. La dejó sobre un mueble cerca y se dedicó a besarle la frente hasta la punta de los pies. Sus manos la acariciaban lentamente hasta que observó que su pecho recuperaba la normalidad de los latidos.

Volvió a levantarse para tomar la vela. No escondió en ningún momento la ansiedad que le producía probar un momento como ese.

Max se puso de pie. Sara nunca olvidaría un momento como ese, el verlo así, de pie junto a ella, con el deseo a flor de piel y con las ganas de hacerla sufrir.

Un chorro de cera cayó sobre sus muslos al mismo tiempo. Hizo un largo alarido para luego sentir otros más sobre sus piernas, brazos y abdomen. Él, al verla torturada y hermosa, descendió para verter un poco más sobre sus pechos. Al hacerlo, procuró ser cuidadoso pero sin dejar de lado ese espíritu dominante que vivía dentro de él.

El afán de empujarla hacia la locura rindió sus frutos. A ese punto, Sara suplicó que la penetrara. La hizo esperar un poco más hasta que la levantó de la cama y la puso contra la pared, pero dándole la espalda.

-Inclínate.

-Sí, señor.

Arqueó la espalda para exponer más los glúteos para él. Ese culo tan delicioso, tan provocativo. Le dio un par de nalgadas hasta que se acomodó tras ella. Sus caderas serían el apoyo perfecto para sus manos y fue allí que la penetró con fuerza.

Los brazos de Sara se encontraban sobre la pared. Tenía la suerte de que al

menos pudiera sostenerse de algo porque cada embestida que hacía Max, le hacía perder la razón.

Su pene, duro y muy firme, se adentraba en ella con una fuerza descomunal, por lo que los gemidos se convirtieron en gritos intensos de placer. Max le nalgueaba, la tomaba por el cuello, le mordía la espalda. Le repetía lo zorra que era y que él tenía el poder de decidir si se corría o no.

Decidió apretar uno de sus pechos mientras la follaba desde atrás. Dejó de hablar para concentrarse en esa estrechez que lo hacía enloquecer. Ese coño tan húmedo y cálido, era una adicción para él.

Cada tanto lo sacaba para volverlo a empujar con fuerza. También recurrió esta medida para darse pequeños intervalos y así frenar un poco las ganas de correrse dentro de ella.

Cuando presintió que no podía más, la agarró por la cintura la hizo arrodillarse.

-Chúpalo, ramera.

-Sí, señor.

Sostuvo la cabeza hasta que vio cómo su boca se abría lentamente para devorar su pene. Ese rostro sudado y los ojos llorosos, le pareció excitante. Así pues le dio una primera bofetada por el impulso de su ser Dominante que se dejó llevar por el momento.

Sara se sintió más excitada al recibir ese gesto de él, por lo que le pidió más con la mirada. Max, en su punto más alto de complacencia, lo volvió a hacer. Una y otra vez.

Ella lamió y mordió el glande húmedo, trató de introducirse todo el pene dentro de su boca y, para lograrlo, se sostuvo de las fuertes pierna de ese semental. Estaba en el paraíso al tener semejante trozo de carne entre sus labios.

Siguió lamiendo como si un hubiera mañana. El estar así, le ayudó a darse cuenta que adoraba darle placer y pensaba que tenía que hacer el esfuerzo de dárselo las veces que fuera necesario.

Fueron a la cama de nuevo pero con una posición diferente, ella estaría sobre él. La ayudó a introducirse esa verga. Los dos estaban desesperados por

vivir ese momento.

Sara se quejó un poco al principio ya que lo sintió más que otras veces. Se acomodó un poco más, hasta que finalmente se encontró a gusto. Buscó las manos de Max para llevarlas a la cintura. Él estaba concentrado en las expresiones de ella. Ella también.

Comenzó a moverse con delicadeza, luego cobró un poco más de confianza y lo hizo con fuerza, como para satisfacerse ella misma. Max la miró ensimismado. Esa imagen de ella montándolo con energía y confianza, le hizo sentir que estaba con una diosa.

Acarició su torso, los pechos que rebotaban al ritmo de sus movimientos, las caderas, las piernas. En última instancia la atrajo al tomarla del cuello. Los dos estuvieron con los rostros muy juntos. El mundo podía desaparecer y para ellos cualquier caos carecía importancia. Ellos eran lo único que necesitaban.

Max sintió el temblor de los muslos de Sara así que quiso que ella se corriera con él adentro. Hizo que se moviera con más violencia. Los gritos y los gemidos se hicieron más intensos hasta que por fin, un alarido, fue suficiente para que sus fluidos bañaran por completo su pene.

Él también estuvo muy cerca pero algo lo tomó por sorpresa. Ella se bajó de él y lo miró fijamente. Sostuvo su pene al mismo tiempo y volvió a lamerlo como cuando estuvo arrodillada. Max hizo unos cuantos gruñidos hasta que le haló el cabello.

-Todo esto es para ti.

-Sí, señor.

Respondió ella con una sonrisa en los labios.

Max sintió que le faltaba la respiración hasta que por fin se corrió en la boca de Sara. Ella recibió todo el semen que expulsó en ese momento. Unas cuantas lamidas finales para limpiar todo y listo. Ella se levantó y le sonrió.

-¿Lo hice bien?

Con pocas fuerzas, Max se incorporó y la miró como si tuviera frente a sí la cosa más hermosa del mundo.

-Claro que sí, pequeña.

Le dio un beso. Los dos se acostaron pero Sara quedó sobre su pecho. No hubo más conversación porque no era necesaria. Sólo ansiaban compartir ese momento a solas tanto como pudieran.

No supo el momento exacto en que se quedó dormido. Pero él se alegró saber que ella todavía estaba junto a él, incluso le pareció cómico la forma en cómo roncaba. Acarició el cabello y trató de recordar ese momento de paz gracias a ella.

Cuanto estuvo a punto de quedarse dormido, escuchó el pitido incesante del móvil. Al principio le restó importancia pero después recordó que eso sólo sucedía cuando se presentaba una emergencia.

Así pues, trató de levantarse con cuidado para no despertarla y comenzó a buscar el móvil. Levantó cada prenda de ropa hasta que siguió el ruido a la cocina. Tenía 10 mensajes sin leer y un número similar de llamadas perdidas.

Al darse cuenta de esto, sabía que algo grave había sucedido. Luego de que los nervios le dejaran leer con calma, sólo llegó a entender unas últimas palabras.

“Joe ha muerto”.

Una ola fría le invadió el cuerpo. Soltó el móvil y cayó al suelo conmocionado. No podía creer que perdiera a su amigo y hermano.

XI

La noticia se esparció como pólvora entre los miembros. Max fue uno de los primeros al ser notificados pero se enteró sino hasta después. La tragedia fue suficiente para reconsiderar sus acciones.

Horas antes, Joe decidió que pelearía hasta el final. Así que esperó pacientemente a que cayera la noche para enfrentar a sus enemigos. Lo hicieron salir de la celda con la excusa de que esta se sometería a una revisión de rutina.

Esperó en un pasillo, completamente aislado y a oscuras. Sabía que la muerte le respiraba la nuca. Sin embargo, se prometió a sí mismo que no lo tomaría desprevenido así que escondió tanto como pudo, un puñal hecho con un cepillo de dientes e hilo dental. Lo afiló por varios días y estuvo listo para la ocasión.

Escuchó el sonido de unos pasos y se preparó para la batalla. Un golpe hizo que se arrodillara del dolor pero inmediatamente se puso de pie. El terror se le asomó en los ojos cuando pilló que era una cantidad considerable de hombres. Perdió la cuenta porque la oscuridad lo confundió aún más.

Aún con las esposas puestas, maniobró todo lo que pudo. Incluso recordó las veces que se enfrentó a pandillas en la calle cuando era un adolescente. Fue su primera escuela de pelea ya que aprendió cómo moverse con agilidad.

Un par de movimientos fueron suficientes para derribar tres de los traidores. Cayeron al suelo y dibujaron charcos de sangre debido a los cortes en la garganta. Nada mal para alguien cuyo movimiento estaba limitado.

Aun así, no advirtió la presencia de un guardia y de otro preso mucho más alto y fuerte que él. Sintió el golpe del garrote sobre la nuca. Un impacto tan fuerte que le hizo volver a caer. Al hacerlo, perdió el contacto con su única arma. Quedó desamparado a su suerte.

Medio mareado, sintió que una mano tomó el cuello del uniforme para arrastrarlo por el suelo prístino. Le sorprendió el silencio, uno demasiado anormal.

Llegó a lo que pudo identificar como las duchas. Frotó los ojos debido al

brillo de la luz y así observó al resto de los atacantes. Efectivamente eran esos hombres que pensó fueron sus aliados.

Con los ojos enrojecidos por la ira, Joe se sintió inferior al ver que moriría de la manera más infame. Un último impulso lo hizo levantarse del suelo y gritar maldiciones a sus rivales.

Uno de ellos detuvo a unos cuantos más que quería irse sobre él.

-Dejen que grite todo lo que quieran. Este tío ya está muerto.

Corrió hacia a él y sintió el filo de algo que lo atravesó sin problemas. Perdió el equilibrio. Su cuerpo cayó entre los azulejos mientras, asustado, trató de buscar la herida para tapársela.

Dejó la desesperación y cerró los ojos. En ese momento hubo más dolor del que jamás se imaginó sentir.

Encontraron su cuerpo en la madrugada. Le cortaron el cuello, las muñecas y parte de la ingle. Incluso hicieron un intento de quitarle el cuero cabelludo pero lo dejaron a medias, quizás por cuestiones de tiempo.

Esa escena de horror fue inmediatamente notificada al resto de los guardias, a las autoridades de la cárcel y al líder de la banda quien recibió la imagen en medio de la noche. Así pues, no pasó mucho tiempo en que se corroborara la información y fuera transmitida al resto.

Max, aún en el suelo, deseó con sus fuerzas que se tratara de una broma pero no. No lo era. Así que como pudo, se levantó y comenzó a vestirse. No sabía qué hacer pero su cuerpo se lo exigió.

Salió a la habitación y Sara seguía durmiendo apaciblemente. Quiso decirle pero no quería.

-Sara, tengo que atender algo. Debes irte.

Ella despertó sobresaltada sin entender bien la situación. No obstante, asintió y comenzó a vestirse.

-Te llevaré a casa.

Unos minutos después, el sonido de los motores anunció la marcha a la casa de ella. A pesar de otras veces, no había tensión ni pasión esperando por manifestarse. Más bien era un ambiente pesado y triste.

Las preguntas de Sara pasaron inadvertidas para él. No tenía tiempo para ello. La dejó en su casa y volvió a acelerar para tratar de encontrar una razón en medio del caos.

XII

Sara se enteró de la muerte de Joe poco después. Comprendió, además, la ausencia y el silencio de Max. No sabía de él desde hacía meses por lo que desechó toda esperanza de verlo alguna vez.

La noticia alarmó a su familia así que no tardaron en mudarse a otra ciudad. Ella, mientras, optó por buscar su propio camino lejos del desastre y los negocios ilícitos. Aspiraba tener una vida mejor y quería estar hacerlo por su cuenta.

Encontró un trabajo como camarera en un hotel y gracias a ello, pagaba un curso de computación en las noches. El cansancio de ese ritmo de vida la hacía aprovechar cada hora de sueño en sus días libres. Pero, al final, tenía la satisfacción de que estaba logrado encaminarse.

Cortó comunicación con su familia. Descubrió que sus padres estaban en proceso de divorcio y que sus hermanos estaban planificando un futuro menos tormentoso. Al menos por ese lado, no todo salió mal.

Aunque celebraba internamente el hecho de que las cosas estaban tomando otro color, le era inevitable no pensar en él. Cada día, al regresar a casa, soñaba con encontrarlo y hacerle el amor. Pero en cambio se topaba con la realidad de la soledad de un piso pequeño y frío.

Como otras tantas veces, salió tarde del trabajo. El instituto anunció las vacaciones así que no tenía prisa en tomar el autobús. Cruzó la calle pensando en qué cena se prepararía. Mientras lo hacía, sintió que alguien la observaba. Apretó el paso con miedo y esperó en una calle oscura para enfrentarlo.

-Estoy loca. –Se dijo.

Al comprobar que efectivamente la seguían, sus ojos se abrieron como platos.

-¿Max?

Él se paró en seco, tan sorprendido como ella.

-Lo siento mucho si te asusté.

-¿Qué haces aquí?

La pregunta le desgarró la garganta y el corazón. No sabía si abrazarlo o huir de él.

-Tengo mucho que explicarte.

Se acercó y Sara quedó prendada de sus labios, como la primera vez.

-Más vale que comiences a hablar.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— Comedia Erótica y Humor —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de

un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi

cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.